

1-1-2017

Dinámicas entre élites locales y multinacionales en zonas fronterizas : el caso del eje bananero en el Urabá antioqueño y la United Fruit Company (UFCO) 1960 – 1990

Natalia Eugenia Monsalve Calle
Universidad de La Salle

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/negocios_relaciones

Citación recomendada

Monsalve Calle, N. E. (2017). Dinámicas entre élites locales y multinacionales en zonas fronterizas : el caso del eje bananero en el Urabá antioqueño y la United Fruit Company (UFCO) 1960 – 1990. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/negocios_relaciones/45

This is brought to you for free and open access by the Facultad de Ciencias Económicas y Sociales at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Negocios y Relaciones Internacionales by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

**DINÁMICAS ENTRE ÉLITES LOCALES Y MULTINACIONALES EN ZONAS
FRONTERIZAS: EL CASO DEL EJE BANANERO EN EL URABÁ
ANTIOQUEÑO Y LA UNITED FRUIT COMPANY (UFCO) 1960 – 1990**

NATALIA EUGENIA MONSALVE CALLE

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE NEGOCIOS Y RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C
2017**

**DINÁMICAS ENTRE ÉLITES LOCALES Y MULTINACIONALES EN ZONAS
FRONTERIZAS: EL CASO DEL EJE BANANERO EN EL URABÁ
ANTIOQUEÑO Y LA UNITED FRUIT COMPANY (UFCO) 1960 – 1990**

NATALIA EUGENIA MONSALVE CALLE

**Trabajo de grado para optar por el título de:
Profesional en Negocios y Relaciones Internacionales**

**Asesor
JUAN CARLOS SÁNCHEZ SIERRA, PhD
Docente-Investigador**

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE NEGOCIOS Y RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C
2017**

RESUMEN

Hacia finales de los años cincuenta, la multinacional Bananera United Fruit Company (UFCO) migró sus operaciones del departamento del Magdalena hacia la región de Urabá en el departamento de Antioquia; esta fue hasta entonces una región fronteriza, selvática y prácticamente invisible para el Estado Colombiano. El impulso del modelo de monocultivo agroexportador del enclave bananero fue promovido por el gobierno central y bien acogido por la élite local, con la promesa de que aseguraría prosperidad y la inserción de la región en el plano nacional e internacional. Esta investigación analiza las dinámicas y los efectos de la interacción entre la Élite local del Urabá y la United Fruit Company durante el periodo 1960 – 1990. Se plantea como hipótesis que el rezago y la desatención de esta región corresponden al abuso histórico por parte de las élites locales y las multinacionales, interesadas por los recursos de la región y las altas ganancias que ofrecía la explotación agroindustrial del Banano. Para el caso concreto de Urabá, se desaprovechó la capacidad de una región con alto potencial económico y geoestratégico, con el único fin de suplir los intereses de actores privados que han tomado el Estado como un fortín, por encima de los intereses nacionales. Esta investigación se realizó a través de una revisión bibliográfica, complementado por un trabajo de campo en la región del Urabá.

Palabras Claves: Élite locales, United Fruit Company, Enclave bananero, Zona fronteriza.

ABSTRACT

In the late fifties the United Fruit Company (UFCO) moved its operations in Colombia from the department of Magdalena to the region of Urabá in the department of Antioquia; the later region was a rural frontier, a namely tropical jungle territory invisible for the Colombian State. The enhancement of the agro-export monoculture model of banana settlement in Urabá was promoted by the central government, and well received by the local elite, since it was promoted as a source of prosperity and the promise of inclusion for the region at national and international levels. This research analyzes the dynamics and effects of the interaction between the local elite of Urabá, and the United Fruit Company during 1960-1990. The central hypothesis is that the underdevelopment and the disregard to this region corresponds to a historical abuse by the local elites and multinationals, interested in the resources of the region and the high profits that the banana agribusiness granted. For the specific case of Urabá, the capacity of a region with a high economic and geostrategic potential has been wasted, in order to satisfy the interests of private actors, above national interests. This research was done through a bibliographical review, complemented by a field work.

Keywords: Local elites, United Fruit Company, Banana enclave economy, Border are

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1 CONTEXTO HISTORICO: ORIGENES Y CONFORMACION DE LA REGIÓN DE URABÁ.....	10
1.1 Ubicación del Urabá, una aproximación a las bondades geoestratégicas y territoriales	10
1.2 Indígenas contra Españoles: de los primeros pobladores a la historia temprana del despojo	12
1.3 Conquistadores y Misioneros católicos: los orígenes de la clase dirigente de la región de Urabá	14
1.4 Intereses Económicos de los colonos, Practicas tempranas de lo ilícito	19
1.5 La administración política regional, el siglo XIX y los cambios en la nueva Republica.....	21
2 HACIA LA CONFIGURACIÓN ECONÓMICA DE UNA REGIÓN: ACTORES SOCIALES E INSTITUCIONES	27
2.1 Escenario Nacional e Internacional	27
2.2 Actores e Intereses, la gesta del enclave Bananero	30
2.2.1 <i>Los colonos, nacimiento de la fuerza laboral y conformación del tejido social</i>	30
2.2.2 <i>Los Pueblos Indígenas: Invisibilidad, usurpación territorial y marginalidad en Urabá</i>	33
2.2.3 <i>Las Multinacionales: agentes catalizadores del conflicto</i>	34
2.2.4 <i>Las élites locales: consolidación de la casta empresarial Antioqueña en Urabá.....</i>	37
2.2.5 <i>El Estado, entre los intereses y el abandono.....</i>	39
2.2.6 <i>La Iglesia, de la intermediación moral a la participación en los conflictos políticos</i>	41
3 CONFORMACIÓN DE UN NUEVO MODELO DE EXPLOTACIÓN BANANERA EN LA REGIÓN DE URABÁ.....	42
3.1 Preparativos y sucesos de la instalación de la UFCO en el golfo.....	43
3.2 De la United Fruit Company a Frutera de Sevilla: la nueva cara de la agroindustria bananera.	46
3.3 AUGURA y UNIBAN, agremiación y visualización de la Élite local.....	49
3.4 SINTRABANANO, SINTAGRO y SINTRAJORNALEROS, lógicas de organización laboral frente a la agroindustria bananera.	51
4 BANANEROS DE URABÁ, DE LA PRODUCCIÓN A LA COMERCIALIZACIÓN Y EL DOMINIO DE LA INDUSTRIA EN COLOMBIA	55
CONCLUSIONES	67
BIBLIOGRAFÍA.....	7069

INTRODUCCIÓN

La región de Urabá está ubicada geográficamente al noroccidente de los departamentos de Antioquia y Chocó, en Colombia, y comparte frontera con Panamá; esta región es conocida en el mundo por su posición geoestratégica privilegiada en términos de movilidad marítima intercontinental, como también por su biodiversidad, abundancia en recursos hídricos, así como una amplia disponibilidad de depósitos mineros. Paradójicamente el Urabá también se ha destacado por ser una de las regiones con mayores niveles de pobreza y violaciones a los derechos humanos, económicos, sociales y ambientales, la cual, a pesar de los conflictos y complejidad territorial, ha traído no solo la atención de migrantes y colonos, sino además de grandes multinacionales junto con sus lógicas extractivistas.

El acelerado crecimiento de la demanda por el consumo del banano, particularmente en Estados Unidos y Europa, desencadenó hacia finales del siglo XIX lógicas extractivistas como principal modelo de desarrollo en Centroamérica, y posteriormente en Suramérica; un ejemplo de esto fue el surgimiento del enclave bananero, una versión moderna de la gran plantación colonial que las metrópolis europeas impulsaron en Asia, África e Hispanoamérica. El modelo económico del enclave bananero tomó fuerza cuando el empresario estadounidense Minor Keith fusionó su compañía, *Tropical Trading and Transport Company*, con una importante compañía competidora, la *Boston Fruit Company* propiedad de su compatriota Andrew W. Preston (Brungardt, 1995). Producto de esta alianza, nació el 30 de Marzo de 1899 *THE UNITED FRUIT COMPANY* (UFCO en adelante), multinacional Americana que desde sus orígenes promovió y consolidó a través de prácticas de monopolio la agroindustria extensiva del banano. Este modelo de negocio acaparó toda la cadena de producción y logística, desde el cultivo hasta la comercialización final de la fruta. La UFCO hizo presencia en Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, y concretamente en Colombia en el departamento del Magdalena y la región de Urabá, donde se convirtió en una fuerza política y económica debido a la aceptación y asociación con las élites centrales y regionales (Bucheli, 1991).

El Urabá ha sido escenario de diferentes fenómenos que le dan textura al papel de las élites locales, tanto en una dimensión nacional, como dentro de la correlación con el mercado y la política internacional. En primer lugar, desde la época colonial fue una zona inexplorada con grandes extensiones de tierra ricas en recursos naturales, propicia para la entrada furtiva de mercaderías y la extracción de oro y tagua, que le dieron un carácter de frontera abierta propicia a las actividades que sancionaba el Estado español colonial. En segundo lugar, durante la primera centuria de la vida republicana colombiana, la región se vio como un espacio propicio para la colonización, que impulsada por la ley de baldíos, favoreció que por vez primera una élite centralista descubriera en la región un alto potencial económico. Sin embargo, no solo el empresariado se percató de la situación, pues a esta región también llegaron las multinacionales a comienzos del siglo XX (Ortiz, 1999), las cuales, además del potencial económico percibieron el abandono estatal e institucional de la región, una oportunidad para incrustar con facilidad una economía de enclave centrada en la producción de banano. Finalmente, a esto se le suma la migración incesante de personas desplazadas por las guerras sucesivas de hacendados contra colonos y campesinos pobres en otras zonas rurales del país, quienes provenientes de Antioquia, Chocó, Córdoba y Magdalena, no tuvieron otro espacio para ampliar la frontera agrícola que las selvas vírgenes del Urabá.

De acuerdo con Carlos Miguel Ortiz, Urabá es una región fronteriza que tuvo una colonización tardía, y que particularmente se ha caracterizado por la condición de ser a la vez una frontera internacional y frontera de colonización agrícola. En otras palabras, Urabá se ubica en los confines del territorio económicamente productivo, lejos de las instituciones del Estado, y donde la soberanía nacional ha estado prácticamente ausente (Ortiz, 2004). En el mismo sentido, las investigaciones de Escobar (1999), Veltmeyer (2013) y Rosales (2007) evidencian que la forma de organización territorial del Urabá parece anómala, a la luz de recientes aproximaciones al fenómeno de configuración económica espacial donde hay fragilidades sociales y políticas que incentivan conflictos y desigualdades que servirán para identificar la contradictoria condición del Urabá en el marco nacional, global y local. Mientras las élites nacionales, centralizadas y renuentes a aceptar la necesidad de

introducir al proyecto nacional los espacios fronterizos, e incluso las franjas de tierra productiva y con ello al campesinado, desde el siglo XX este proceso se configuró a la luz de la UFCO, una élite local en el Urabá que reproduce esas falencias de la élite central, con un efecto claro: la constante postergación de la modernización, la inclusión política, y el desarrollo de la zona, a expensas de una perpetuación de la marginalidad de los grupos sociales y la radicalización de sus demandas por inclusión. De allí que las guerrillas y el paramilitarismo, ya a finales del siglo XX, tuvieran en la zona un terreno fértil para avanzar en sus proyectos armados.

La región de Urabá adquirió relevancia económica a nivel nacional en 1956 con la llegada de la UFCO, lo cual promovió un auge de la migración de costeños, paisas y chocoanos debido a la alta oferta laboral requerida para el cultivo intensivo del banano. Esto motivó la ilusión de una prosperidad que desde la perspectiva de las élites centrales era una oportunidad única de desarrollo regional (Bucheli, 2002), y que localmente impulsaba la configuración de sectores que como propietarios, inversores o intermediarios en la producción o distribución, parecían augurar el ascenso económico por la vía de la agro exportación bananera (LeGrand, 2006). Es así como por medio de la llegada de esta compañía, la cual prometía prosperidad y desarrollo, se integró la región a los mercados internacionales antes que existiera siquiera un mercado local. Como consecuencia de esa entrada impetuosa, se frustró o al menos se pospuso la posibilidad de consolidar un mercado interno incluyente que garantizara una acumulación económica incipiente para el campesinado emergente y de llegada reciente a la naciente zona bananera del Urabá Antioqueño.

El objetivo de esta investigación es analizar las dinámicas e interacciones que se forjaron entre las élites locales y la United Fruit Company desde su establecimiento en la región de Urabá, hasta 1990. Este análisis se realiza en cuatro capítulos; en el primer capítulo, se aborda el contexto histórico a manera de una descripción geoestratégica de la región y su conformación como región. El capítulo dos inicia con la llegada de la UFCO, donde se caracterizan los grupos de poder y/o élites de la región bananera de Urabá durante el periodo

de estudio. El tercer capítulo ilustra cómo se conforma un nuevo modelo de explotación bananera en la región; en el cuarto capítulo se busca establecer cómo la región y los intereses de la élite local transformaron las operaciones de la United Fruit Company en el Urabá. Finalmente se concluirá resaltando los efectos de la interacción entre la élite local y la multinacional en términos políticos, sociales y económicos.

Esta investigación busca plantear un esquema analítico del conjunto de interacciones entre diferentes actores internacionales como lo son las multinacionales y las élites; desde las Relaciones Internacionales, más que un análisis se pretende hacer una crítica a esta forma particular de inversión extranjera. Por otro lado, en términos académicos, esta región ha sido un laboratorio de prueba del país, donde los fenómenos de orden económico y político que han afectado al país parecen anticiparse o tener lugar primero en Urabá: disputas fronterizas, el abuso de las multinacionales, el surgimiento, represión y desviación de los sindicatos de trabajadores, la aparición de guerrillas, paramilitarismo, y también por supuesto el narcotráfico. Es por esto que se consideró pertinente hacer las aproximaciones necesarias, con el fin de conocer el impacto de la nociva asociación de élites locales con multinacionales en las zonas apartadas del país, y de esta forma reivindicar su importancia a nivel nacional e internacional.

Como Hipótesis se plantea que el rezago y la desatención de esta región corresponden al abuso histórico por parte de las élites locales y las multinacionales, que interesadas por los recursos de la región y los altos dividendos que la agroindustria del banano dejaba en esa época, antepusieron sus intereses económicos y políticos por encima del bien común, lo que lesionó el desarrollo y surgimiento de la región en beneficio del país. Para el caso concreto de Urabá, se desatendió y desaprovechó la capacidad de una región con alto potencial económico y geoestratégico con el único fin suplir los intereses de actores privados que han tomado el Estado como un fortín, por encima de los intereses nacionales.

Para el desarrollo de esta investigación se realizó una revisión de fuentes secundarias de los autores que han trabajado los enclaves económicos, la inversión extranjera, élites, conflicto

en zonas fronterizas, y el papel de las multinacionales en países subdesarrollados desde teorías críticas; asimismo se hizo una revisión de fuentes primarias en el Archivo General de la Nación, y en los archivos municipales de Apartadó y Turbo. Con el fin de identificar las familias que conforman la élite local, sus intereses y progresión durante el periodo estudiado, se realizó un trabajo de campo en el que se entrevistaron a exempleados de la multinacional y de fincas bananeras, sindicalistas y servidores públicos, quienes en suma aportaron a la construcción y contextualización histórica del presente documento.

1 CONTEXTO HISTORICO: ORIGENES Y CONFORMACION DE LA REGIÓN DE URABÁ

1.1 Ubicación del Urabá, una aproximación a las bondades geoestratégicas y territoriales

Urabá, la bisagra que une Suramérica con Centroamérica, está localizada al noroccidente de los departamentos de Antioquia y Chocó, sobre el sector más occidental de la costa atlántica colombiana. A lo largo de unos 375 kilómetros, desde la desembocadura del río Magdalena hasta el extremo poco profundo del Golfo de Urabá, la costa Caribe de Colombia desciende hacia el sur-oeste. Las colinas terciarias disectadas que vienen a morir en el mar son las últimas estribaciones septentrionales de la gran cadena andina que se prolonga por toda la costa occidental del continente suramericano. Entre los cordones de colinas que van de norte a sur hay depresiones de tierras aluviales surcadas por el Canal del dique y los Ríos Sinú, San Juan y Mulatos, todos los cuales corren hacia el norte. Más allá, hacia el sur y el occidente, la gran hondonada del Urabá y el amplio valle del río Atrato se extienden por las tierras bajas lluviosas del departamento del Chocó hacia las costas del Océano Pacífico (Parsons, 1996, pág. 17).

Aún más al noroccidente se encuentra la serranía del Darién, que marca de forma natural un límite entre Colombia y la primera provincia panameña, la provincia del Darién. A esta serranía también se le conoce con el nombre de tapón del Darién, lugar en que desaparece la carretera panamericana que atraviesa de sur a norte Suramérica. Paradójicamente, esto

convierte al Urabá en una región geográficamente estratégica, precisamente porque es bisagra y abrupta ruptura entre Suramérica y Centroamérica, una barrera natural que ha deslumbrado a exploradores y que interrumpe el flujo de la fauna terrestre entre ambas secciones del mismo continente. Además de una cadena montañosa insalvable por siglos aun para los más intrépidos aventureros, su costa está bañada al oriente por las aguas del Océano Atlántico, y a poca distancia al occidente se encuentra el Océano Pacífico. Al oriente, después del valle del río Mulatos, se alza la serranía del Abibe que separa al Urabá del valle del río Sinú, y que al sur al unirse con la serranía de San Jerónimo y la serranía de Ayapel, forman el nudo de Paramillo.

El Urabá está caracterizado por tener uno de los grandes Golfos Americanos. En su costa confluyen las aguas saladas del mar Caribe y las dulces de la desembocadura del río Atrato, y sus afluentes menores como el río San Juan, el río Apartadó, Río Sucio, Juradó y Mulatos. Allí se forma una zona especialmente rica en recursos hídricos, pero no sólo ríos representan la totalidad de estos recursos, gracias a que las corrientes oceánicas impulsadas por los vientos Alisios toman una ruta occidente-oriente cuando atraviesan las costas panameñas que funcionan como una barrera natural. Las costas del Urabá no sufren afectaciones por las corrientes del Caribe, y esto permite que en el golfo la masa oceánica permanezca en mayor reposo. Este fenómeno, junto con factores como la alta radiación solar y la transferencia de humedad atmosférica, la convierten en la región con mayor pluviosidad del Caribe. El hecho que las corrientes oceánicas no afecten las aguas del golfo ha llevado a que en la región se haya buscado consolidar a lo largo de su historia, con éxito relativo, un puerto marítimo. (Jimeno & Reichel-Dolmatoff, 2005).

Se pueden reconocer dos zonas geográficas. En primer lugar, la de serranía, que se extiende al noroccidente donde desemboca el Atrato (en Bocas de Torena), formada por la serranía del Darién, y al sur hasta Río Sucio, formada por la serranía del Baudó. El clima y ecosistema es principalmente húmedo selvático. La segunda zona es la de llanuras y valles, en los cuales se encuentran sub-zonas de manglar, ciénaga, pantano y pie de monte. La variedad de ecosistemas en el Urabá ahora es aprovechada en la producción de Banano, pero la región

también ha estado vinculada con el comercio de la tagua y la explotación del Oro (Parsons, 1996).

Por estas riquezas ambientales, el Urabá es un paraíso para distintas especies de flora y fauna selváticas únicas en el mundo y una zona de disputa política. Once municipios conforman la región que está dividida entre el Urabá chocoano y el Urabá antioqueño. Este último tiene una extensión de 11.664 Km² y su población hoy es de 508.802 habitantes. El Urabá antioqueño cuenta con un eje bananero conformado por los municipios de Turbo, Apartadó, Carepa y Chigorodó; y un eje ganadero con los municipios de Necoclí, Arboletes, San Pedro de Urabá y San Juan de Urabá (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, 2004).

1.2 Indígenas contra Españoles: de los primeros pobladores a la historia temprana del despojo

Las comunidades indígenas que vivieron en el Urabá hasta el siglo XV fueron quienes primero debieron resistir el proceso de conquista y colonización que los fue marginando a las zonas geográficamente más inhóspitas de la región; aunque lograron sobreponerse a la colonia, la República fue más cruel con ellos. El despojo de estos pueblos que sí tenían una identidad con el territorio, es clave para entender parte del conflicto por la tierra a lo largo de los siglos en el Urabá, el génesis del sucesivo despojo en el golfo y la falta de un sentido colectivo de pertenencia hasta el día de hoy. Durante el periodo prehispánico, el territorio del Urabá fue gobernado sucesivamente por varios pueblos indígenas que se asentaron en la zona en progresivas oleadas migratorias. En un primer momento llegó una migración de la zona andina que se asentó al costado oriental del golfo y a lo largo del río Atrato, estos eran los Cuna. En un segundo período, desde las Antillas, llegaron los Catíos que tomaron los territorios del occidente del golfo y la serranía del Darién; y finalmente, una tercera oleada migratoria llegó de nuevo del Atlántico y se estableció el pueblo Emberá, que a lo largo de los años, terminó uniéndose a la cultura Catía (Vargas, 1990).

Hacia finales del siglo XV, el territorio estaba poblado principalmente por los pueblos Emberá-Catío y Cuna que se extendían entre la serranía del Darién y la del Abibe. Ambos pueblos eran enemigos. El origen lingüístico de los Cuna está familiarizado con la unidad Chibcha, mientras que el de los Emberá está emparentada con los Arawak, Karib y Chibcha. Se disputaron el territorio del golfo por sus recursos y por el control del río Atrato, así que eran culturas con una vocación guerrera muy fuerte. Estos pueblos se dedicaron a la pesca, la caza y al cultivo del maíz, yuca y plátano para la supervivencia. Fueron buenos navegantes, pues como habíamos anotado antes, habían alcanzado el continente viajando por el mar desde las islas cercanas en el Atlántico. El oro, mineral en el que la región era muy rica, era usado por ambas culturas como ofrendas en ceremonias religiosas, pero no constituía unidad de cambio según argumentan desde la arqueología basados en hallazgos y la nula evidencia de intercambios que lo usaran como medio de pago. El nombre que hoy se le da a la región viene de la lengua Emberá: Urabá era la forma de designar al jefe de la tribu, quien ocupaba una rol de “padre” de la familia o de la tribu (Instituto Colombiano de la Cultura Hispánica, 2004).

Su economía les permitió fundar poblaciones como Abibeiba, que fue conocida con el nombre de Pisisí durante los primeros años republicanos, y hoy es el territorio en el que se encuentra Turbo. También existían a lo largo del golfo varias centros poblacionales indígenas. A la llegada de los conquistadores europeos, en 1502, los pueblos Emberá y Cuna resistieron militarmente y lograron mantenerse independientes formalmente hasta mediados del siglo XVI, cuando gracias a la intervención política de sectores españoles que buscaron establecer alianzas con los indígenas por medios diplomáticos, los Emberá fueron anexados pacíficamente al modelo colonial. Estas misiones diplomáticas entendían a los indígenas como sujetos pares, y lograron un período de paz para la región y para ambos sectores, lo que conllevó también a una exploración más tranquila del golfo, período que fue alterado por la ambición y los intereses exacerbados de las siguientes misiones colonizadoras y erróneamente generaron la idea de que con los indígenas era mejor utilizar métodos violentos para despojarlos de la tierra y marginarlos, mismos métodos que los padres de la patria aplicaron contundentemente en el siglo XIX en todo el territorio nacional, y que los mismos

colonos y paramilitares reinventaron sutilmente en los ochenta y noventa del siglo XX. El ciclo que perpetua la violencia, tuvo una diferencia con los cuna, que se mantuvieron más alejados de esta posibilidad pues veían en los europeos un peligro latente, y este temor aumentó cuando los españoles empezaron a explorar más profundamente el Atrato en búsqueda del oro de la leyenda de Dabeiba, leyenda que iba a originar el relato del Dorado (Vargas, 1990).

1.3 Conquistadores y Misioneros católicos: los orígenes de la clase dirigente de la región de Urabá

Las misiones conquistadoras y el proceso de colonización de la región paulatinamente fueron consolidando un grupo social que buscaba controlar políticamente el territorio y a las comunidades indígenas; estas actividades usaron la religión y el idioma como herramientas clave en el desarrollo de esta empresa. La llegada de las huestes conquistadoras representó la inserción de más actores en la contienda territorial del Golfo; fue la primera flotilla exploradora la de Don Rodrigo de Bastidas, que estaba integrada, entre otros hombres, por Juan de la Cosa, Juan de Ledesma y Vasco de Núñez de Balboa, quien llegó como polizón y luego jugó un rol fundamental en la conquista. Eran principalmente militares, pero algunos fueron clérigos pues la conquista tenía que ser legitimada por la Iglesia Católica y tenía que acompañarse de una serie de ceremonias que consagrarían el nuevo continente al dios cristiano, tal y como se había pactado entre la corona española y la institución religiosa. Cuando arribaron al Golfo del Urabá, prefirieron explorar la costa oriental que les ofrecía mejores ventajas geográficas para iniciar el avance de las tropas y donde lograron encontrar algunas tribus pacíficas que se encontraban en disidencia con las dos culturas predominantes. La docilidad de estas tribus, en parte propició que el avance de la conquista fuera más contundente en el territorio en el que hoy se levantan los centros de producción del banano (Parsons, 1996, pág. 21). Desde la conquista Turbo y Apartadó, se perfilaban como epicentros económicos y comerciales del territorio en cuestión; aun hoy en día estos municipios se disputan el liderazgo y el título como capital de la región, y en la época de la conquista ya las disputas entre quienes tendrían el predominio en materia política y

económica parecían vaticinar el porvenir de las élites locales en su ambición por establecer un fuerte nexo con el comercio mundial.

La lógica colonial hispana se caracterizó por ser altamente extractivista (extracción y exportación), por lo que los territorios que mayor interés tenían para conquistadores y funcionarios coloniales fueron los de mayor riqueza mineral, razón por la que se desplegaron grandes empresas en América en búsqueda de oro, plata y piedras preciosas. Ese mismo año, fue nombrado Juan De la Cosa como Alguacil Mayor del Golfo del Urabá por orden de la reina, Isabel la Católica, lo que evidencia que la corona estaba interesada en que De la Cosa iniciara una segunda exploración del territorio para hallar las fuentes del oro que estaban en manos de los indígenas. Para tal misión, De la Cosa persuadió a la reina para que le autorizara esclavizar las tribus que encontrara a su paso, y eliminar aquellas que se resistieran. No sobra mencionar la manera en que el destierro y el exterminio, como expresiones de violencia, se asociaron tanto al poblamiento inicial, como a los años recientes de la explotación del banano y otros recursos codiciados en el mercado internacional. En este sentido, Legrand (2006) afirma que tal como sucedió con el oro durante la conquista, en décadas recientes se puede evidenciar la falsa percepción de las compañías estadounidenses en términos heroicos, como empresas modernizadoras y civilizadoras que abrieron tierras “vírgenes” a la producción en el enclave bananero, ya que la lógica productiva de despojo de tierra y desplazamiento forzado de campesinos e indígenas es una práctica heredada de la conquista, lo que explica que para que la élite local se vinculara con la UFCO, debió promover una fragmentación sistemática de las comunidades en beneficio de su auge acumulador de riqueza a través de la agroindustria bananera. Desde la colonia, los ciclos de violencia son inherentes a la reproducción económica.,

En 1509, por orden de Alonso de Ojeda, se fundó la primera población europea en tierra continental al nororiente del golfo, San Sebastián de Urabá. Dicha población fue destruida al poco tiempo por ataques indígenas que llevaron a que Francisco Pizarro, el encargado del fuerte de San Sebastián por órdenes de Ojeda cuando De la Cosa fue asesinado en combate abierto con los indígenas Calamarí, y los hombres que quedaban emprendieran la retirada

hacia la Española. Fue entonces cuando descubrieron al polizón Vasco Núñez de Balboa, quién les indicó que la costa occidental ofrecía territorios más amigables ambientalmente y con indígenas pacíficos, por lo que se trasladaron allí (Jaramillo, 2005, pág. 30). Hasta entonces, la hostilidad de indígenas y del territorio mismo, habían mantenido a los conquistadores relativamente unidos en esta empresa. Sin embargo, una vez lograron asentarse en tierra firme, los conflictos que se presentaron entre los primeros conquistadores por el control del territorio habían sido tan profundos, que la expansión española en el Urabá inició su rumbo con el fracaso de Santa María Antigua del Darién. Fundada en 1510, primera ciudad episcopal de América, fue literalmente tragada por la selva pocos años después de ser constituida (De Santa Teresa, 2015, pág. 16). Desde un principio, el territorio fue escenario de disputas por el control social, económico y político, cualquiera que fuera la institución que tuviera a cargo su administración.

Hasta entonces, la hostilidad de indígenas y del territorio mismo, habían mantenido a los conquistadores relativamente unidos en la empresa invasora. Sin embargo, una vez lograron asentarse en tierra firme, los conflictos que se presentaron entre los primeros conquistadores por el control del territorio habían sido tan profundos, que la expansión española en el Urabá inició su rumbo con el fracaso de Santa María Antigua del Darién. Fundada en 1510, primera ciudad episcopal de América, fue literalmente tragada por la selva pocos años después de ser constituida (De Santa Teresa, 2015, pág. 16). La desaparición de Santa María Antigua es tan sólo uno de los sucesivos casos en los que los conflictos entre las élites terminan condenando a la región al subdesarrollo. Más adelante, cuando se desarrollará la zona bananera, podremos observar cómo estas dinámicas en las que priman los intereses particulares se repiten en la Historia del Urabá. La marginalidad a la que fue sometida la población indígena en este período es similar a la del siglo XX, hostil con los indígenas que aún se encontraban en la región y los colonos pobres o campesinos.

En 1524 terminó la evacuación de la ciudad. Santa María Antigua del Darién cumplía funciones militares importantes, pero la inestabilidad política —primero, por las disputas entre Balboa y Nicuesa, y luego entre Balboa y el gobernador Pedro Arias Dávila, nombrado

en 1514 por la corona como sucesor de Ojeda y Nicuesa, cuya desaparición es atribuida a las intrigas de Balboa—, y los continuos enfrentamientos con los indígenas de la región, motivaron un nuevo desplazamiento de las huestes conquistadores hacia el norte donde fundarían el poblado de Acla y unos años más tarde, en 1519, Ciudad de Panamá. En los años siguientes, la disputa territorial cambio de actores; ahora el enfrentamiento por el golfo se daba entre el gobernador de Panamá, Antonio de Gama, y el gobernador de Cartagena, Pedro de Heredia. En 1532, un capitán de las tropas españolas contrajo matrimonio con propósitos políticos con una princesa indígena (Sayago, 1988). Si bien un método de pacificación que se implementó contra los indígenas fue la violencia, algunos sectores de la élite colonial consideraban que se podía establecer un dialogo entre las partes buscando menos resistencia de los indígenas y por el contrario incluso una cooperación. Las alianzas también abrían caminos para cumplir los objetivos políticos y económicos, incluso, con mayor efectividad.

San Sebastián de Buenavista se convirtió poco a poco en un pueblo de importancia en la región ya que era el puerto de entrada al interior del Urabá y al oro depositado en el lecho de sus ríos. Gracias a este pueblo, las posteriores expediciones conquistadoras de 1541 y 1542, en cabeza de Jorge Robledo, lograron penetrar el territorio hasta llegar a la región que hoy se conoce como Antioquia. De esta forma, lo natural era que el golfo de Urabá debía servir como puerto, pero las condiciones geográficas excepcionales de esta zona también fueron aprovechadas más adelante en su historia por los contrabandistas en el período colonial, y luego por los exportadores de banano y hasta el narcotráfico. Robledo tenía claro que el control del golfo era crucial para que conectara la recién colonizada Antioquia con el Océano Atlántico. Más adelante se presentaron varios incidentes, nuevamente entre Heredia y Robledo, esta vez era no sólo por el control del golfo, sino de la región recién conquistada. Para evitar más inconvenientes, Robledo fue nombrado teniente de Belalcázar y Antioquia fue anexada a la gobernación de Popayán, es decir, a la Audiencia de Quito. A la larga, esta situación terminó separando al Urabá de Antioquia por el resto del período colonial, mientras que convirtió al río Magdalena y al puerto de Cartagena en la ruta de salida al mar predilecta para los productos explotados en esa región (Parsons, 1996). Aunque existieron más intentos

desde Antioquia por colonizar el Urabá, cada expedición fue reducida por los indígenas y las difíciles condiciones ambientales.

También la iglesia empezó a buscarse un lugar dentro del nuevo continente y envió varias misiones provenientes de diferentes órdenes católicas para evangelizar los indígenas americanos. A la Iglesia le convenía desplegar misiones en los territorios en los que los militares habían experimentado el fracaso o en los que simplemente no habían tenido intereses. Las misiones llegaban a los territorios y con Cédulas Reales se hacían lugartenientes de la corona, establecían encomiendas y generaban grandes emporios agrícolas que supieron aprovechar para fortalecerse en la colonia como parte de la élite regional. Un ejemplo de esto fue la colonización de los llanos orientales, pero en el caso del Urabá dichas misiones al igual que las expediciones, no fueron efectivas. Los diferentes asentamientos religiosos también fueron atacados con ferocidad, y muchas de ellas sucumbieron ante “las flechas envenenadas” de los indígenas (Vargas, 1990). La primera comunidad en llegar cerca del Urabá fue la jesuita en 1589, en camino desde Perú a Panamá. En este momento, eran la cuarta orden autorizada para establecerse en América junto con los dominicos, franciscanos y agustinos. Su participación en la evangelización en el istmo había sido tan destacada, que se quedaron definitivamente en la región e intentaron establecerse en la zona urabense en 1605, pero la misión se suspendió por las dificultades ofrecidas por la intemperie y los indígenas (De Santa Teresa, 2015).

Las lógicas de imposición colonial implicaban marginar los referentes indígenas, y la iglesia católica fue sabia en disponer los rasgos de ese proceso. El agustino descalzo, Alonso de la Cruz, trabajó desde 1626 con los grupos urabenses como prefecto apostólico y fundó varios asentamientos nuevos como Santa Ana y San Sebastián de Buenavista. Al lograr convertir unos 1200 indígenas a la fe cristiana, logró en 1629 un reconocimiento de la santa sede que prohibía que los soldados españoles se acercaran a ellos y los hicieran sus esclavos. Sin embargo, en 1633 un conflicto con el cacique Juan Marrongo terminó en una la sublevación de las aldeas indígenas y los miembros de la misión fueron exterminados (Parsons, 1996, pág. 33), una victoria crucial para apropiarse de sus tierras y desterrarlos a San Blas

La compañía de Jesús inició sus exploraciones en el margen occidental hacia 1654 cuando fundaron Citará (Quibdó), y otros pueblos en los que iban adelantando una tarea exitosa de evangelización de los indígenas. En 1660 se estableció un pacto de paz entre la corona y los indígenas, quienes finalmente reconocieron la autoridad real. Pero a finales de ese siglo, en 1687, los jesuitas fueron privados de sus facultades ministeriales debido a que las otras órdenes religiosas veían con peligro que esta misión lograra lo que parecía hasta entonces imposible, y presentaron reclamos y denuncias de corte económico. Existieron también otras misiones de ordenes como la capuchina y los carmelitas, pero también tuvieron que abandonar sus tareas por la hostilidad indígena (De Santa Teresa, 2015, págs. 31-39).

1.4 Intereses Económicos de los colonos, Practicas tempranas de lo ilícito

Entre otras poblaciones que migraron al territorio, y que luego definirían la composición e intereses de la elite regional, vale la pena dar cuenta del papel que la migración económica tuvo, y allí el impacto de actividades ilícitas. La resistencia de los pueblos indígenas y la agreste selva del Urabá fueron determinantes para que la región estuviera a la sombra del desarrollo del resto de América colonial española, pero no alejaron el territorio de las dinámicas económicas coloniales del Atlántico. Como anota Parsons (1996), a diferencia de conquistadores y misioneros, fueron contrabandistas y piratas quienes sí lograron entrar a la región del Urabá. La inestabilidad del domino español en la región atraía a otras potencias europeas. Hacían pactos y negocios con los indígenas que intercambiaban con ellos oro y provisiones a cambio de armas y otros productos, mientras que garantizaban el uso de las costas del golfo para sus propósitos, pues eran perfectas para asediar los barcos que transportaban oro y plata desde Cartagena y Portobelo.

Para las otras metrópolis coloniales europeas no era desconocida la potencialidad de la región del Urabá. Mientras los españoles concentraban sus esfuerzos en consolidar a Cartagena como puerto principal del Caribe y luchaban con los innumerables problemas geográficos por la falta de fuentes de agua dulce, el constante asedio de Inglaterra se reflejó en que promovía las actividades de piratas y contrabandistas europeos se asentaron en el Urabá, y

que construyeron un modesto puerto que funcionó todo el período colonial para sacar oro de forma ilegal. Llegaron también a la región holandeses, franceses e ingleses. Incursionaban en tierra hacia las poblaciones de Antioquia y Choco por la ruta del Atrato, mientras que la administración española poco podía hacer para disuadirlos o detenerlos en su marcha y ambición. Ya que la distancia entre Santa Fe de Antioquia y el Urabá era más corta y por ende, más barata que la que venía de Cartagena, el contrabando fue la principal actividad económica de los habitantes de la región. Aunque en el interior existía una alerta generalizada por los indígenas y contrabandistas extranjeros, muchos antioqueños compraban la mercancía que comercializaban ilegalmente y los fortalecían. Sabemos que el contrabando no sólo era manejado por europeos y nativos. Los negros arrojados o libres que huyeron de las minas en el oriente de la Nueva Granada también buscaban frecuentemente esta región; los que se quedaron en el Urabá lograban sobrevivir gracias a intercambios que efectuaban con piratas. La relación de piratas y contrabandistas con los Indígenas Cunas era tranquila e incluso conspiraban juntos contra el dominio Español. Lo importante era mantenerse al margen de su poder (Vargas, 1990). Estas relaciones y dinámicas contribuyeron a que históricamente la región se consolidara como una zona al margen de la ley, al principio con la piratería y el contrabando, y ahora con el narcotráfico. Aquellos al margen del poder establecido, mantenían mejor vínculo con los locales que las formas de administración política tradicionales, una faceta de tiempos pasados que perdura hasta nuestros días.

En 1700 un grupo de franceses calvinistas iniciaron un plan de colonización en la zona entre el río Turbo y dónde alguna vez se situó San Sebastián de Buenavista. Estos nuevos colonos se sometieron a la protección de la gobernación de Panamá a cambio de vivir en esa región con propósitos colonizadores. Ya que ningún europeo o antioqueño quería aventurarse a *Costa Brava*, mote que se usaba para designar las costas del golfo, los funcionarios realistas vieron una buena oportunidad de entrar a la región de la mano de los franceses que al parecer sostenían buenas relaciones con los Indígenas. Como anota Severino De Santa Teresa (De Santa Teresa, 2015, pág. 86), se dedicaron al cultivo del cacao y eran fieles contribuyentes; pero en 1754 inició el período de sublevaciones de los indígenas del Darién, que descontentos con el avance de la frontera colonial hacia sus territorios, arrasó con la comunidad como

represalia. Esto dio como resultado el predominio de prácticas económicas que propiciarían en la región una tendencia a que sus habitantes se alejaran de la ley, y que mantuvieran estrechos vínculos con actividades ilícitas en cuya reproducción acumulaban capital y poder político.

1.5 La administración política regional, el siglo XIX y los cambios en la nueva Republica

Las disputas por el control político y económico empezarían a hacerse más complejas con el advenimiento de las condiciones que formalizarían la independencia frente a la corona española. El abandono del Urabá por parte de Estado y la élite centralista durante el siglo XIX, abrieron la región tanto a la ilegalidad como al capital extranjero en el siglo XX. En el intersticio de los dos siglos se instaló la primera compañía multinacional, el consorcio Albingia de Alemania. El período independentista revivió los conflictos por el control territorial del golfo. No hay fuentes suficientes para poder hablar de la participación de la región en las gestas revolucionarias, sin embargo, podemos intuir que debido a que en este territorio el dominio colonial fue tan débil, no hubo gran participación de los habitantes ni de la geografía urabense en dichas contiendas. Una vez alcanzada la independencia de España empezó la puja por la región. Nunca había sido claro quién debía ejercer gobierno sobre el Urabá y las provincias de Cartagena y Popayán se disputaban su territorio (Parsons, 1996).

Las élites regionales del Cauca y Antioquia se disputaron el control del Urabá, un factor que dificultó el desarrollo de la institucionalidad allí. En el año de 1831 se habilitó el puerto del Atrato por medio del decreto 691 del 27 de septiembre emitido por la recién nacida República de la Nueva Granada. Para verificar el puerto se establece también la aduana de Quibdó y se crea un puesto fortificado de mando en la bahía de la Candelaria, lo que ponía temporalmente al Urabá en control de Popayán. La provincia de Antioquia también la reclamó, y no de los argumentos que esgrimían los políticos era la falta de una conexión con la costa atlántica que le permitiera a la región crecer económicamente (Sayago, 1988). En 1836 Tyrell Moore, ingeniero de minas, logró obtener del Congreso Nacional una concesión hasta de 100.000

fanegadas para promover la colonización de extranjeros en la periferia del territorio Antioqueño; con esto se buscaba que estos nuevos colonos pudieran llegar a controlar el Urabá y conectarlo con la provincia, pero Moore prefirió establecerse en Santa Rosa de Osos y la expectativa terminó (Parsons, 1996). Para el gobierno central, era fundamental atraer el capital extranjero pues no tenía la capacidad de comercializar por sí mismo la producción nacional, para lograrlo era preciso desarrollar vías de transporte y accesos a las regiones ricas en recursos, pero la geografía y factores como las enemistades con los pueblos indígenas aun hacían la tarea complicada.

Cerca del puesto fortificado de la Candelaria, se estableció el resguardo de Matuntugo. En 1837 se trasladó el resguardo al paraje de Turbo y allí se construyó el primer cuartel militar de la región. Esto afianzó de alguna manera la presencia del Estado en la región y en 1840 se fundó la ciudad de Turbo por orden de José Ignacio de Márquez, presidente de la confederación Granadina. Turbo debía cumplir funciones de puerto, pero en 1842 se decretó su cierre para el comercio exterior. El hecho de que el puerto no hiciera parte de la infraestructura ordenada por la política del Estado retrasó la modernización del Urabá y la mantuvo aislada. El siguiente año, los habitantes de la ciudad le solicitaron al gobierno del Chocó que se erigiera un distrito parroquial, y en 1847 Tomás Cipriano de Mosquera nombró a Turbo como provincia.

Por fin la iglesia también pudo ejercer influencia en la región. En 1848, Antioquia logró hacerse al control de la franja costera occidental del Urabá, por lo que degradaron a Turbo a la condición de aldea antioqueña. Luego, José Hilario López, presidente de la República, trasladó el control completo del Urabá de nuevo a Popayán y le restituyó a Turbo su estatus de Ciudad en 1850. Cuando se creó el Estado soberano del Cauca en 1856, Turbo quedó en poder del nuevo departamento del Chocó. Ya fuera por las veleidades de las elites que entre liberales y conservadores boicoteaban los avances de sus antecesores, por efectos de decisiones administrativas tomadas desde Bogotá, Medellín o Popayán, o por la envidia y ambiciones de quienes controlaban la zona, la constante inestabilidad administrativa de la región no permitió que pudieran desarrollarse proyectos económicos ni

estructuras institucionales a largo plazo, al menos eso significó para las élites centrales, y para los colonos la inexistencia de una identidad regional.

Mientras el Estado Colombiano definía la naturaleza jurídica y la dependencia territorial de Turbo, la Ley 61 de 1874 estableció como factor determinante para la asignación de baldíos que el uso de la tierra debía ser para fines agrícolas y sólo para quienes la trabajaran y vivieran en ella, es decir, los baldíos debían asignarse a aquellos que tenían el capital y la bendición jurídica de las esferas de poder estatal y departamental. Esta ley buscaba fortalecer la ruralidad a través del estímulo al trabajo agrícola y fomentar la titulación de tierras en favor de pequeños productores; se enfocaba en fomentar la productividad del país para poder insertarlo en los mercados mundiales. Sin embargo, lo que logró fue crear una gran brecha entre los pocos que tenían la mayor parte de la tierra, y los muchos que no tenían nada por lo que dependían de la venta de su fuerza de trabajo pues administrativamente se les negaba la titulación a los campesinos que efectivamente trabajaban, mientras en realidad se buscó atraer inversores extranjeros así como migrantes para traer la civilización al promocionar tierras baldías y perpetuar la división entre terratenientes y campesinos (LeGrand, 1988). Mientras las élites centrales y los empresarios paisas se ocupaban de adjudicarse grandes extensiones de tierra, el país perdía gran parte de su territorio a manos de la intervención norteamericana. La UFCO fue un claro ejemplo de este fenómeno, pues cuando se encontraban instalados en el departamento del Magdalena eran dueños de grandes extensiones de tierra con el beneplácito de la elite central.

A pesar de la estabilidad política que significó la Hegemonía Conservadora (1885-1930), y la aprobación de la constitución política que regiría el país por más de un siglo, las tensiones interpartidistas desencadenaron, primero la Guerra de los Mil Días, (1898-1903), y luego su efecto más inmediato como fue la pérdida de la Provincia de Panamá a manos de las élites provinciales, y la influencia directa de los EEUU. Como resultado de tan importante suceso, la redefinición de fronteras en el noroccidente del país fue una prioridad, el Estado colombiano hizo un esfuerzo por tener mayor presencia en el Urabá a riesgo de que si no actuaba con rapidez, el territorio podía perderse también.

Existía una enorme dificultad para desplazarse entre las costas panameñas hacia Santa Fe de Bogotá. Para entonces era mucho más fácil llegar al Perú desde Panamá, uno de los factores más importantes —geográficamente hablando—, que influyeron en el proceso de la separación de la provincia del istmo; tanto el tapón del Darién como la complicada topografía, los indígenas rebeldes, y la selva espesa en la franja de tierra entre el Urabá y Panamá, contuvo de alguna manera otros posibles efectos de la separación ya que no existía una articulación efectiva entre el golfo y el istmo. La separación entre el Urabá y Panamá nació en el siglo XVII como consecuencia de la política colonizadora española de suprimir la navegación por el Atrato para repeler el contrabando, y que terminó por erigir a la categoría de mito el llamado “Tapón” del Darién (Montañez, 2004)

A pesar de la dificultad de administrar el territorio con sus contrastes geográficos y una rugosa topografía, el esfuerzo administrativo de dar coherencia a la presencia estatal no se compaginó con la construcción de infraestructura de interconexión, como tampoco se estimuló la formación de un mercado interno regional sólido. Los esfuerzos de Rafael Reyes apuntaron en esa dirección sin mayores resultados positivos en el Urabá. Cuando en 1905 se creó el departamento de Caldas, el consejo municipal de Medellín le exigió al gobierno nacional una compensación, por la que se otorgó el control de la banda oriental del golfo; así se constituyó por fin el límite entre el Urabá antioqueño y el chocono (Parsons, 1996). Desde este momento, las élites antioqueñas procuraron ejercer el control efectivo de la región. Se creó la provincia del Urabá y la cabecera municipal como sede administrativo primero estuvo en Frontino, y luego en 1911 en Turbo. En 1913 se estableció una línea telegráfica entre Turbo y el pueblo de Dabeiba. Para 1919 se dio la primera visita de un gobernador de Antioquia a la región, Pedro Nel Ospina (Sayago, 1988, pág. 35). Pedro Nel Ospina, también fue presidente de la República y era la representación que encarnaba la pujanza de la élite antioqueña; el hecho de que visitara esta región fue un símbolo del interés que empezó a cobrar la región para la élite regional.

Era imperativo para el ejercicio administrativo que se estableciera un camino que uniera físicamente ambos territorios, y se rescató el proyecto de la construcción de una carretera que ya en 1845 las élites antioqueñas habían propuesto, pero que debido a la pérdida de la jurisdicción del Urabá, y luego a la Guerra de los Mil Días, no habían logrado ejecutar (Bergquist, 1981). También se contempló la creación de un ferrocarril y para ello se le dio la concesión a Henry Granger en 1905, pero algunos años después, el contratista abandonó la empresa al igual que la élite local pues la crisis económica de la segunda década del siglo XX lo quebró (Parsons, 1996). Del mismo modo que la élite local y con total apoyo de ella, la iglesia católica también se fortaleció en el territorio y amplió su presencia gracias a la construcción de templos en cada centro de población. Era una relación simbiótica entre las clases dominantes interesadas en la región, y las castas eclesiásticas que hacían presencia efectiva en el territorio (De Santa Teresa, 2015).

Empresas extranjeras también llegaron a la región para operar la explotación de madera en parte como resultado del vacío de poder existente. Por ejemplo, el consorcio Albingia de Hamburgo, Alemania, que logró que se le diera una concesión de más de 5000 hectáreas al sur de Turbo para producir Banano en 1909. Muy pronto se supo a lo largo del Caribe, que hombres y mujeres desposeídos como consecuencia de la Guerra de los Mil Días, migraron a la región en busca de oportunidades laborales y tierras baldías para habitar (Steiner, 2000). También estaba la empresa Emery de Boston, que hizo presencia en la cuenca del río de San Juan de Urabá entre 1915 y 1929. Esta presencia le abrió el camino a otras inversiones extranjeras en el occidente de la costa Caribe, específicamente en la región de la desembocadura del Río Magdalena, donde se había establecido otra multinacional bananera, solo que ésta vez era estadounidense, la United Fruit Company (Parsons, 1996). El enclave bananero en esa zona fue haciéndose más próspero, y día a día se fortaleció de forma inversamente proporcional a las condiciones laborales de sus trabajadores, que influidos por líderes del joven Partido Socialista Revolucionario como María Cano, Ignacio Torres Giraldo y Raúl Eduardo Mahecha, organizaron un huelga que fue crudamente reprimida en 1928 por el gobierno nacional. Después de la II Guerra Mundial, la UFCO tuvo que replantear su estrategia de negocios y entonces dirige su mirada hacia el golfo de agua dulce.

El vacío de poder, y el desespero económico de los pobladores, en particular quienes no se beneficiaron con las leyes de baldíos, permitió que la UFCO adquiriera un poder incontestable en la región. Desde entonces, la ausencia del Estado ha permitido que ciertas lógicas territoriales prevalezcan. En el caso de Urabá, las entidades territoriales funcionan bajo parámetros lejanos a la voluntad del Estado central, y predominan las decisiones y estrategias de ciertos actores económicos y políticos articulados en términos productivos o administrativos en cada municipio, lo cual ha propiciado el florecimiento de actividades ilícitas que se suman a una trayectoria histórica profunda de contrabando, que a lo largo del siglo XX promovió actividades ilícitas asociadas a la evasión aduanera, y las cuales tendrían en el narcotráfico un factor determinante la interacción social en el Urabá, donde en cada territorio han imperado las voluntades y formas de operar de los actores dominantes, más que la legislación y la justicia nacionales.

2 HACIA LA CONFIGURACIÓN ECONÓMICA DE UNA REGIÓN: ACTORES SOCIALES E INSTITUCIONES

Las dinámicas de conflicto por tierras, expansión insurgente, auge paramilitar, migraciones humanas, lógicas de producción y depredación traducida en el enclave bananero, así como aspectos de la vida y sociedad perturbadas por el conflicto, resultan concentradas en el caso de Urabá, una macro región que presenta contradicciones que superan lo social y espacial. Los estudios sobre las lógicas empresariales y sus estrategias y percepciones de zonas fronterizas como Urabá no habrían sido posibles sin las contribuciones que desde los años 1980 aparecieron en distintas disciplinas del conocimiento social, allí se ilustran los fenómenos de violencia en la escala regional-local, un ejercicio de análisis que sirvió para erradicar las nociones simplificadoras que veían en la división entre rojo y azul la contradicción fundamental y la distinción socioeconómica de élites que ya no estaban involucradas en las retaliaciones y violencia desde los años cincuenta. (Ortiz C. , 2004) Este capítulo aborda la forma como el ordenamiento social refleja las dinámicas extractivistas y de poder administrativo territorial examinadas en las secciones anteriores, y como los imperativos de cada década del siglo XX orientaron sus estrategias de acumulación, ya fuera de poder o capital.

2.1 Escenario Nacional e Internacional

A finales del siglo XIX, para liberales y conservadores era una prioridad insertar la economía nacional y posicionar sus intereses personales en el mercado mundial. Las guerras civiles que se sucedieron una tras otra, habían llevado al país a una condición de atraso económico, no sólo por la falta de modernización del sistema productivo, sino también por el costo de recursos humanos y materiales que significaron en tanto paralizaron el aparato productivo agrícola, pospusieron la formación de un sector industrial, y dispersaron la población en el territorio en tanto la mano de obra escapaba para no caer en los enfrentamientos, o quedaban sin oportunidades luego de cada enfrentamiento que tuvo lugar en las áreas rurales del país.

La estrategia de los gobiernos conservadores fue la concesión de derechos de explotación de los recursos naturales al capital extranjero; estas inversiones se instalaron con la figura empresarial de la compañía bananera. Predominaba aun a lo largo del siglo XX la idea de que la civilización era ajena a la población colombiana, y el apoyo extranjero era providencial y fomentaría el enriquecimiento del territorio, por la vía de salir del atraso al emular los pasos de las sociedades europea y norteamericana. En general, la actitud del Estado que estaba controlado por las élites liberales y conservadores, había convergido pese a sus rivalidades en favorecer la entrada de capitales foráneos, sin tener en cuenta que ofrecer recursos a perpetuidad o con ventajas amplias dilataría el proceso de modernización de las élites mismas. Las capas dominantes en su lugar, ofrecían las mejores posibilidades para la llegada de capitales extranjeros, y hacían sin problemas concesiones que incluían jurisdicción sobre poblaciones enteras en áreas donde las actividades agrícolas padecían el estancamiento secular en el que las guerras de independencia y civiles del siglo XIX las habían postrado.

Algunas de las compañías extranjeras que habían logrado establecer relaciones comerciales con Colombia hasta ese momento eran la Tropical Oil en Barrancabermeja, la Emery de Boston, Consorcio Albingia de Alemania, COLDESA en el Urabá, y la United Fruit Company en el departamento del Magdalena. La compañía Emery es muy importante para el análisis de los actores en la región pues la explotación de madera en el Urabá atrajo en las primeras décadas del siglo XX a colonos provenientes de la frontera geográfica con el Sinú. Llegaron con la esperanza de encontrar tierras baldías para vivir y vincularse laboralmente a la compañía (Ramírez Tobón, 1997, pág. 23). Sin embargo, esa sólo fue una de las oleadas migratorias, pues a lo largo de la primera centuria de vida republicana, en la región ocurrieron procesos de colonización de migrantes internos provenientes de distintas zonas del país, ya fuera por los prospectos económicos que auguraban fortunas sin igual y de manera acelerada, o por las constantes rupturas de núcleos comunitarios como producto de las formas de violencia política que vaciaba territorios y los expulsaba a zonas de frontera agrícola.

La UFCO buscaba ampliar su producción de Banano para el mercado norteamericano y el europeo, por lo que representaba una oportunidad para masas campesinas despojadas de tierra y oportunidades económicas. Bucheli (2005), nos explica cómo la demanda de Banano creció cuando pasó de ser considerado un artículo de lujo, a un alimento básico en la dieta de europeos y norteamericanos. Fuente de distintos nutrientes, durante las Guerras mundiales su consumo se disparó, así como en el auge industrial y urbano, en tanto era un alimento que aceleraba la recuperación energética corporal. La compañía se estableció primero en el territorio centroamericano, pero en la medida que la demanda del producto junto con otras frutas tropicales creció, también tuvo que expandir sus operaciones y eso la trajo al Caribe colombiano, a la región del Magdalena, en 1899. Las compañías extranjeras también mutaron a lo largo de los años, en parte por la diversificación de sus inversiones, y también ante los desastres de relaciones públicas que dejó en Centroamérica y en Colombia tras la masacre de las Bananera en 1928. En la década de 1960 las operaciones de la UFCO se mudarían para el Golfo del Urabá, esta vez, con una transformación radical para el negocio como veremos en secciones subsecuentes de esta investigación. Esta transición se analizara más adelante en esta investigación.

En 1940 la región ya contaba con pequeños caseríos que acogían a fugitivos de la guerra bipartidista, quienes se asentaron primero en la selva en busca de madera y demás productos comercializables (Ríos, 2002). La procedencia diversa de esos colonos que empezaban a ocupar el territorio hizo complejo el panorama social, porque combinaba experiencias múltiples de la violencia, y traumas de desarraigo que inciden aun hoy en la construcción de un tejido social basado en pautas comunitarias de interacción. A continuación se examinan los actores sociales e institucionales más importantes, con el fin de caracterizar en contexto general en el que se dio la transición del modelo de enclave en las primeras décadas del siglo XX, hacia uno que fomentaba inversiones de empresarios locales con la UFCO operando el negocio tras bambalinas.

2.2 Actores e Intereses, la gesta del enclave Bananero

Para entender este período, es imprescindible que describamos los actores que en esta región empezamos a encontrar involucrados tanto en la vida política y social, como en la actividad económica que abriría progresivamente espacio a la exportación de banano al mercado extranjero. En el análisis de su progresión a lo largo del siglo XX, se nota como empiezan a diversificarse a partir de la primera mitad de siglo XX por sus intereses económicos y su rol social.

2.2.1 Los colonos, nacimiento de la fuerza laboral y conformación del tejido social

El tema de la colonización es uno de los fenómenos más estudiados como sugieren investigaciones relacionadas con el tema para el territorio del Urabá. En Urabá, la mano de Obra campesina cambio de ser aquella atada a las actividades productivas en las haciendas, que luego de los sucesos de 1928 resultó insumisa y problemática para los intereses de la corporación, y que en la década de 1960 ofrecía una posibilidad de articulación laboral y productiva que disminuía la carga para la compañía bananera, y así marginaba el efecto de la protesta social en busca de mejoras en las condiciones de enganche. También significaba que las poblaciones de colonos, debido a las dificultades que enfrentaban, podían garantizar una menor posibilidad de paralizar la producción de banano para la exportación. El cambio de relaciones productivas entre la UFCO y las zonas de producción bananera desde la segunda mitad del siglo XX, respondía a un proceso de desinversión estimulado por los cambios en los gobiernos latinoamericanos que predicaban el nacionalismo, y en algunos países, el ascenso de la izquierda como una fuerza política vital e incómoda para los intereses de la inversión extranjera. Pero los fenómenos políticos no solo afectaban a la multinacional, sino que la configuración política colombiana de la primera parte del siglo XX había sido tan álgida y violenta, que todos los sectores del país eran sensibles al despertar de la movilización social; el desplazamiento forzado, la aparición de grupos insurgentes, primero liberales y luego de tendencia socialista y comunista, y la inestabilidad económica de las unidades productivas de colonos y campesinado pobre, son evidencia de este proceso.

La raíz de esa transformación reposa en el fracaso reformista en materia agraria, que a la postre fomentó la Violencia de mitad de siglo. La Ley 200 de 1936, impulsada por el gobierno de López Pumarejo, estableció las estructuras de tenencia de la tierra baldía a favor de su función social. Se suponía que la Ley tenía que resolver el conflicto entre campesinos y hacendados, pues sólo las tierras efectivamente productivas, podían ser adjudicadas y las que no, debían ser expropiadas por el gobierno y redistribuidas. Sin embargo, y según LeGrand (1988), en realidad la Ley y la normatividad que la acompañó en la práctica reforzaron las aspiraciones de las élites terratenientes que aprovecharon la oportunidad para adueñarse de las tierras en las fronteras agrarias del país para impulsar la ganadería extensiva. El desplazamiento de campesinos despojados de tierras marcó esta tendencia en el Urabá. Este es el caso de las sabanas de Bolívar (hoy Sucre y Córdoba), de donde empezaron a migrar los campesinos desarraigados con dirección al Urabá. Este proceso de colonización robusteció el que provino de la explotación de la madera, transformando pequeños poblados como Arboletes, en grandes centros urbanos hasta con más de 30.000 habitantes. A este fenómeno se le llama la colonización sinuana (Ramírez Tobón, 1997).

La colonización espontánea o forzada debido al despojo, se sumó a la promovida institucionalmente. Desde 1905 migraron algunos funcionarios y miembros de la iglesia que tenían como misión “antioqueñizar la región” del golfo de Urabá, para lograr un control efectivo de la región. Esto significó la transmisión de valores sociales con efecto económico, en tanto reproducía las distinciones socio raciales que caracterizaron el perfil moral y político de los antioqueños colonizadores, para quienes la fe y el bipartidismo constituían referentes para legitimar la discriminación social y la violencia por la cual se despojaba e impulsaba la colonización en favor del latifundismo característico de las sabanas del noroccidente colombiano. La siguiente generación de antioqueños colonos llegó en la década de 1950 atraídos por la idea de generar algún proyecto de emprendimiento y vincularse a la cadena de producción del banano.

“Antes de incrementarse la llegada de antioqueños en los 50, debido a la carretera y al negocio del banano, hubo oleadas colonizadoras muy importantes desde el siglo XIX: costeños de Cartagena y de la isla Barú, costeños y sinuanos del antiguo departamento de Bolívar que incluía el Córdoba de hoy, entraron a Urabá, por Arboletes unos, otros por el actual municipio de San Pedro cruzando la serranía de Abibe; chocoanos y antioqueños del Atrato Medio llegaron por Pavarandocito y por Turbo. Así pues, la colonización de Urabá ni es exclusivamente reciente ni exclusivamente antioqueña; es por el contrario, un proceso heterogéneo, de largo aliento, proveniente de polos diversos, epopeya de múltiples etnias y procedencias regionales” (Ortiz, 2007, pág. 21).

Como expusimos en el capítulo anterior, la colonización del Urabá se había dado durante siglos en ciclos sucesivos de migraciones de orígenes geográficos diversos, lo que generó un mestizaje cultural propicio para reproducir el desapego por la ley y la informalidad económica. El desarraigo de estos hombres y mujeres, junto con el monopolio de la tierra ejercido por las nuevas élites antioqueñas a partir de la década de 1950, les dejó la única opción de articularse como fuerza laboral en los enclaves productores de banano en Turbo, y en la recién fundada Apartadó. La llegada al poder del partido conservador en 1946 marcó un período en el que la identidad política de los colonos pobres tendió a favorecer electoralmente al Partido Liberal. Es importante resaltar que varios autores hablan de estas mayorías liberales entre los colonos provenientes de Cartagena, Córdoba y Choco, mientras que los Antioqueños que llegaron en los años 1950 se destacaban por ser una cuota más conservadora y afín al catolicismo (García, 1996; Ortiz C, 1999; Steiner, 2000).

Esta cercanía con el liberalismo, la llegada del partido comunista, la expropiación de tierras y las difíciles condiciones de trabajo en la región bananera, progresivamente generaron inconformismos y movimientos de trabajadores que finalmente abonaron la aparición de los sindicatos y movimiento sociales importantes (García, 1996). En otras palabras, la colonización espontánea fortificó los intereses de las compañías que ordenaban la producción y exportación bananera, lo que incentivó una permanente erosión de las condiciones laborales mientras hacía más rentable la producción sin que ligas campesinas

organizaran la protesta con el efecto posible de pausar la producción que empezaba a depender de unidades medianas articuladas con los intereses internacionales por la vía de unas élites locales-regionales el proceso de ascenso.

Para terminar, es muy importante tener en cuenta las condiciones selváticas de nuestro territorio de estudio, ya que muchos de estos colonos tuvieron que lidiar con el paludismo, la malaria, insectos y animales venenosos, además de la falta de una infraestructura hospitalaria para contrarrestar estas enfermedades, lo que dejaba en un estado de vulnerabilidad a estas poblaciones que abrieron monte en busca de un nuevo hogar. La lógica económica de la colonización, dependió entonces de una participación reguladora mínima por parte del estado, y así se fomentó el empoderamiento de las medianas empresas representativa de los intereses de las compañías internacionales distribuidoras de banano promediando el siglo XX.

2.2.2 Los Pueblos Indígenas: Invisibilidad, usurpación territorial y marginalidad en Urabá

Quienes se convirtieron en observadores silenciosos de lo que fue el siglo XX en el Urabá fueron los indígenas. Los fieros Cunas y los Emberá Catíos han conocido este período como ninguno otro en su historia, en otras palabras, la verdadera época colonial. Las disputas territoriales, en muchos casos han atropellado sus derechos adquiridos desde la época colonial, arrebatándoles sus tierras con un legado de expropiación para sus territorios sagrados. La presión del capital extranjero, junto a la anuencia o explícita intervención de las élites locales y del gobierno central, han permitido que sus territorios hayan sido reducidos convirtiéndolos en zona para la producción bananera, cabeceras municipales, o de plano se las incorpora a las grandes haciendas que también se articulan a la producción bananera. Tanto la ley de tierras baldías de las décadas de 1880 y 1870 impulsaron la apropiación de tierras por parte de colonos y campesinos mestizos, que en general realizaban incursiones en sus resguardos a través del uso de la violencia. También en las ciudades se les mezquinaron los reclamos por el respeto a sus derechos y territorios,

sin ningún efecto para el caso particular de las poblaciones ubicadas en el territorio del Urabá (Gros, 2012) Los pueblos indígenas solo pudieron retroceder y “enmontarse”, huir del proceso de colonización que los expropió y que hoy en día los tiene ocupando a unos la serranía del Darién junto con la isla de San Blas, y a los otros la serranía del Abibe (Ortiz, 2007).

2.2.3 Las Multinacionales: agentes catalizadores del conflicto

En las primeras décadas del siglo XX, había al menos tres compañías con operaciones productivas instaladas en el Urabá. Todas ellas buscaban la exportación de recursos naturales como madera, palma y banano. La mano de obra de la etapa productiva era constituida por hombres y mujeres provenientes de las múltiples oleadas de colonización en la región, mientras que los procesos de transporte y comercialización estaban a cargo de funcionarios extranjeros que llevaban todo hasta Colón, en Panamá, y desde allí se exportaba al resto del mundo. Así funcionó hasta que en el caso del banano, Albingia fracasó, dejando la producción de Banano en manos de una empresa local, hasta la llegada de la UFCO a la región en la década de 1960 (Parsons, 1996, pág. 102).

Bucheli (2005) anota que el principal problema de las investigaciones que estudian las dinámicas sociales, políticas y económicas del capital extranjero en Colombia radica en que los académicos no abordan en sus trabajos el análisis de las compañías involucradas, y descartan el reconocimiento de sus lógicas corporativas, por lo que no son rigurosos en el análisis de las estrategias empresariales a las que responden, por eso nos proponemos dar un vistazo general a la estrategia de la UFCO. El modelo de negocio de la UFCO se conoce como estrategia de integración vertical de producción. Esto consiste en que una misma empresa controla la producción, transporte, mercadeo y comercialización de un producto. Ya que el banano es un producto perecedero, la compañía debía regular estrictamente cada paso para lograr su efectiva comercialización; este es uno de los argumentos que encontramos a la hora de analizar este modelo. Sin embargo, este no es el único factor a tener en cuenta y que resulta determinante en el marco de análisis de su imbricación productiva con las

poblaciones afectadas por su llegada a territorios para la explotación extensiva de frutas tropicales. Esta estrategia también buscaba monopolizar la producción y comercialización, es decir, el cabildeo o *Lobby* jugó un papel central, y junto a estas prácticas como la intermediación política y el soborno determinaron la estrategia de negocio, el alcance productivo, y en últimas la relación entre trabajadores-Estado-Compañía. Además, los gobiernos latinoamericanos no ejercían un control considerable sobre las inversiones extranjeras, por lo que estas podían actuar con libertad y autonomía frente a mecanismos de control poroso, flexible o inexistente. En una lección aprendida durante los trabajos de construcción del Canal de Panamá, la UFCO terminó ejerciendo a menudo tareas de control social, seguridad, mejoras sanitarias y adecuación de infraestructura por las que el Estado tenía poco interés, presupuesto y/o voluntad; lo mismo ocurría incluso respecto a la relación con sus trabajadores nacionales, y frente a los dueños de las tierras aledañas.

Aunque pasaron al menos dos décadas de gran utilidad para la UFCO, las cómodas condiciones en las que la compañía se desarrolló fueron afectadas cuando en diciembre de 1928 el gobierno nacional, en cabeza del presidente conservador Miguel Abadía Méndez, envió las fuerzas del general Cortés Vargas a “pacificar” una huelga de trabajadores de los cultivos en Ciénaga, Magdalena. La huelga que se había organizado exigiendo mejoras básicas de las condiciones laborales de los trabajadores, fue reprimida violentamente constituyendo un hito en la historia de los movimientos sociales en Colombia: La masacre de las Bananeras. Este hecho afectó la imagen del Partido Conservador y le ayudó al Partido Liberal a ganar las elecciones presidenciales de 1930, poniéndole fin así a casi cinco décadas de control conservador del ejecutivo. También influyó negativamente en la imagen de la compañía en toda América y el costo político se notó. Cuando ascendió el gobierno liberal, su apoyo a los sindicatos y su doctrina nacionalista dejó a la UFCO ante un complejo escenario, la inversión y sus activos fijos en Colombia ahora se encontraban en inminente riesgo.

Con el inicio de la II Guerra Mundial en 1939, la actividad de la multinacional fue suspendida pues no había condiciones de mercado que garantizaran sus operaciones. Cuando este conflicto terminó en 1945 y retornaron a sus plantaciones, de inmediato los inversionistas notaron que las relaciones laborales se habían transformado substancialmente. La UFCO cedió ante las organizaciones de trabajadores, pero se presentaron dos eventos más que terminaron por definir un replanteamiento de su estrategia de negocios. El gobierno Norteamericano acusó a la compañía de monopolizar el mercado, y luego la sancionó obligándola a liquidar parte de sus activos fijos. Al final, la UFCO abandonó la estrategia de integración vertical y tuvo que deshacerse de su gran enclave de producción bananera en el Magdalena. Para la década de los cincuenta, este cambio de estrategia condujo la mirada de la compañía hacia una zona en la que el peso político de la masacre y el control estatal no afectarían directamente sus intereses, y dónde además la producción de banano fuera factible; eso representaba el Urabá: una oportunidad de redención para una compañía cuyo desprestigio incluía además la presión de los *lobbyistas* en el Congreso y las instituciones de defensa de los EEUU en los años 1950, y que llevaron al derrocamiento del presidente nacionalista Jacobo Arbenz en Guatemala. En otras palabras, la UFCO, encontró en Urabá una oportunidad para reconfigurar su negocio, eso sí en un contexto diferente aunque no por ello desfavorable para sus prácticas *non sanctas*.

En Urabá, aunque la élite antioqueña había buscado fortalecerse, seguía siendo una zona que no representaba importancia para el gobierno nacional y era perfecta para incrustar una nueva forma de economía de enclave enfocada a la producción de banano. La multinacional empezó por financiar la adquisición de tierras aptas para la siembra de banano buscando que se conformara un “eje bananero”; esta financiación no estaba dirigida específicamente a un grupo social, sino que se buscaba en principio el compromiso del propietario con la compañía. Establecidos ya, dejaron que el rol de productores lo asumieran los dueños de las plantaciones y la élite antioqueña que se formó simultáneamente a estos procesos, vio una clara oportunidad para reservarse una parte de protagonismo también en la exportación (Bucheli, 2005). En conclusión, Urabá sirvió como un laboratorio en el cual se podía restablecer una dinámica productiva de escala, bajo condiciones que aligeraban la carga

sindical creciente, ya no sobre los hombros corporativos, sino sobre las posibilidades y disposición de elites locales emergentes que podían llevar a cuestras el peso de irritar los movimientos sociales que entonces estaban descollando en el país, mientras que se empoderaban como elites frente a las centrales históricamente dominantes.

2.2.4 Las élites locales: consolidación de la casta empresarial Antioqueña en Urabá

Las más importantes familias Antioqueñas veían con peligro el avance costeño sobre la región de Urabá. Los primeros antioqueños en llegar fueron los funcionarios estatales y departamentales que aprovecharon en parte la dignidad de sus cargos para hacerse de algunas tierras y ganar un poco más dinero del que el Estado les pagaba por su función pública, o como resultado de la desviación de recursos, faceta endémica del manejo gubernamental en regiones y provincias de Colombia. En muchos casos, esas eran las concesiones que los dirigentes ofrecían a sus funcionarios para convencerlos de instalarse a trabajar en los confines de la república: el usufructo personal del Estado, y la explotación del fisco con un propósito privado o personal. Con los beneficios que los terratenientes de todo el país habían logrado obtener gracias a la Ley 200 de 1936 en materia de tierras, muchos otros antioqueños, incluidos campesinos pobres con la ambición y disposición para trepar en la escala social a cualquier costo, o empresarios emergentes que asumían los riesgos propios de invertir en la zona, en conjunto constituyeron el cuadro de los sectores nuevos que configurarían las élites locales en las décadas siguientes, y que antes de los años de La Violencia, y particularmente en la década de 1950 se apropiaron de enormes proporciones de tierra producto durante esta oleada migratoria (Ortiz, 1999).

La migración fue paulatina y tuvo como resultado la construcción de la carretera al mar, y la lucha por el establecimiento de un puerto marítimo en Turbo. Este proceso de colonización duró 28 años aproximadamente y contó con la participación de la Iglesia como aliada estratégica. La lejanía geográfica e imaginaria entre el Urabá y Bogotá fue clave en su consolidación en la región. Al encontrarse no sólo distante materialmente del gobierno

nacional, las únicas políticas que prevalecieron fueron las del gobierno Antioqueño que eran a su vez influidas por los intereses de esta élite (Ramírez Tobón, 1997, pág. 26). Una vez establecida, esta élite regional se dedicó a controlar la producción de Banano, mientras la UFCO asumió la comercialización. Algunas de estas familias aprovecharon las utilidades económicas que devengaban y prepararon a sus hijos para que ocuparan los cargos públicos que les garantizaran seguir controlando la región política y económicamente. Es importante aclarar que no sólo llegaron inversionistas o empresarios “paisas”, existen casos de bogotanos y costeños que también hicieron parte de estas inversiones, sin embargo no son tantos ni tan representativos como el caso antioqueño (Herrera & Sierra Botero, 1981). En últimas, se trató de una constelación de migrantes que según sus riesgos y oportunidades, consiguieron sortear la época en su favor, ya fuera como resultado del beneficio de cargos públicos, en provecho de tierras abandonadas, despejando por medio de la violencia tierras productivas, o a través del ascenso resultado de actividades económicas lícitas, así como ilícitas. Si Urabá deja ver algo interesante, es la forma como ganó textura una franja social que dos décadas después operaría uno de los principales renglones económicos de la agro exportación en Colombia, en un escenario constantemente marcado por la violencia, el desgreño al erario, y la explotación de oportunidades económicas que surgían como resultado de una constante movilidad social tanto en términos económicos, como espaciales.

Esta élite tenía un componente de origen antioqueño; sin embargo, no sería la única élite en formación en el Urabá. Cuando estos antioqueños llegaron, ya había en el territorio un sistema bien consolidado de “cacicazgos” en el que predominaban figuras como Eusebio Campillo, mejor conocido como “Rey de la Tagua”, quien había logrado hacerse una fortuna a partir de la explotación de la fuerza laboral de indígenas y los primeros colonos en la recolección de la Tagua. Del mismo modo, existían otras figuras de caciques asociados a la época de explotación de madera o por el mismo contrabando (Jaramillo, 2005). Es decir, desde los años 1950 y en adelante, la movilidad social en Urabá ha favorecido los auspicios e intereses de las élites antioqueñas interesadas en mantener un control de la zona por constituir un punto estratégico en términos productivos y como salida al

mar, así como la posibilidad de hacerse a terrenos tropicales cuya configuración productiva estaba apenas en formación, y de la cual querían tener control en su definición. También ha favorecido los grupos sociales que han logrado mantener el control del aparato estatal, y así beneficiarse de los recursos de la administración política regional, a la vez que influyen en actividades ilícitas como el contrabando, que desde los años 1970 incluirían el auge del conflicto, el contrabando de productos lícitos e ilícitos, y que servirían como escenario para de atar las dinámicas del conflicto armado, el narcotráfico y la virtual captura del Estado a nivel local regional.

2.2.5 El Estado, entre los intereses y el abandono

La estructura estatal colombiana históricamente ha estado sujeta a los intereses partidistas en los cargos ejecutivos y legislativos. Aunque el país no había experimentado un período de estabilidad política tan prolongado como la Hegemonía conservadora (1885-1930), el periodo siguiente de gobiernos liberales iniciado en 1930 con el candidato Enrique Olaya Herrera, contribuyó con políticas sociales que dieron un respiro a la creciente presión popular; medidas legislativas implementadas modificaban lo ya estructurado en la constitución conservadora de 1886, y sirvieron temporalmente para ampliar el espacio de maniobra de la clase trabajadora colombiana que finalmente alcanzaba instancias de diálogo y consenso con el gobierno nacional. Eso fue un detonante para el recrudecimiento de la violencia bipartidista en las zonas rurales pues el Partido Conservador se oponía a dichas políticas, y con la reforma agraria que López Púmारेjo quería impulsar por medio de la Ley 200 de 1936 para potenciar una industrialización agrícola en el país, el conflicto tuvo un alcance aún mayor pues los terratenientes la veían como una amenaza a sus monopolios (Ortiz, 2004).

En el marco la II Guerra Mundial, el presidente Alfonso López Michelsen se vio envuelto en un escándalo, debido a que su hijo utilizó información privilegiada para especular sobre las acciones adquiridas a la cervecera Bavaria, a través de la firma holandesa Handel, con el fin de obtener extraordinarias ganancias en corto tiempo; este escándalo tomó proporciones

parecidas a las del generado por la masacre de las bananeras, impulsado por la prensa conservadora, pero que esta vez involucraba las propiedades de los alemanes en Colombia. Este hecho, más la división del Partido Liberal entre la candidatura oficial de Gabriel Turbay y la disidente que apoyaba a Jorge Eliécer Gaitán, terminó por ayudar al conservatismo a recuperar la presidencia con Mariano Ospina Pérez en 1946 (Henderson, 2006).

Los hechos del 9 de abril de 1948 dejaron en evidencia la insuficiencia estatal, no sólo en Bogotá o el Urabá, sino en todo el territorio nacional. La ofensiva conservadora, sobre todo la de la facción laureanista, fue la respuesta violenta de sectores rurales por medio de grupos armados ilegales que se hacían llamar *Pájaros* o *Chulavitas*, esto condujo a la formación de las primeras guerrillas liberales en el país. Muchos colonos de los años 1940 y 1950 llegaron al Urabá huyendo justamente de esa violencia (Jaramillo, 2005). Los líderes de los partidos resolvieron apoyar un golpe militar, y en 1953 asumió el poder Gustavo Rojas Pinilla, cuyo gobierno se destacó por la inversión en infraestructura pública y la negociación con las guerrillas liberales. Justamente durante su período presidencial, fue inaugurada la carretera que conecta Antioquia con Turbo, carretera vital para las operaciones de los antioqueños (Ortiz, 2007)

En el Urabá, la presencia del Estado era bastante débil y precaria, razón por la que el vacío de control de la región fue ocupado y ejercido por la élite antioqueña. Este lugar en la imaginación de la élite central tradicional, y las emergentes en la escena regional y local, aprovechaba que Urabá como Chocó compartían un pasado de ser puntos de fuga, propicios por su aislamiento y salida al mar para el contrabando y el drenaje de mercancías como minerales, drogas, y la hemorragia de cuerpos de víctimas sin nombre proveniente de los conflictos en Chocó, Cauca, y el Valle del Cauca (Uribe, 1992) Así, la geopolítica misma encontraba en el vacío estatal del Urabá un espacio indómito abierto para el comercio que en parte forjaba violencia.

2.2.6 *La Iglesia, de la intermediación moral a la participación en los conflictos políticos*

El prefecto de la provincia de Urabá, Juan Manuel Uribe, en carta enviada al gobernador del departamento de Antioquia en 1901, se refería al “caos moral” que reinaba en la región a su cargo, destacando la necesidad de crear allí “una verdadera hegemonía moral de Antioquia” (Steiner, 2000, pág. xv). En comunicación oficial por parte de un funcionario regional a su superior en Medellín, también se evidencia la urgencia de la Iglesia católica para hacer presencia de forma contundente en la región; el alertar al gobernador de tan repudiable “caos moral” con el fin de colgar la cruz, deja ver la estrecha relación entre el poder político partidista, y la iglesia católica en las primeras décadas de ocupación y explotación económica del territorio. Los antioqueños se han destacado por su compromiso con el catolicismo, así que no es de extrañar que su aliado estratégico para la colonización del Urabá, que recién les había sido restituido fuera la Iglesia.

El primer movimiento de la iglesia fue establecer en Turbo la coordinación de sus misiones evangelizadoras con los indígenas y colonos en las que participó, entre otras figuras del catolicismo americano, María Laura de Jesús Montoya Upegui conocida a partir de su santificación como “La Madre Laura”. Luego, la iglesia se expandió hasta Apartadó en 1962 y de allí al resto de cabeceras municipales en donde ganaron importancia en la coordinación de las comunidades de colonos en proceso de formación. La misión evangelizadora con los indígenas Cuna y Emberá fue uno de los principales objetivos de las autoridades eclesiásticas hasta la década de 1960, cuando las cabeceras municipales estaban lo suficientemente pobladas como para que la iglesia se dedicara a mantener los templos y comunidades de feligreses que ya se habían logrado consolidar, o que estaban en el proceso bajo su supervisión (De Santa Teresa, 2015). Esta información nos da una idea de lo lento y complicado que fue la consolidación del catolicismo en la región a pesar que la intervención era claramente respaldada por la élite antioqueña, tanto liberal como conservadora, que veían en los valores católicos herramientas de control social necesario para ejercer dominio en Urabá, mismo que les era esquivo por la heterogeneidad de la población en la región.

Hasta aquí, este es el panorama de los principales actores en el Urabá hasta la década de 1940. Actores de distintos orígenes y clases sociales, motivados por diferentes intereses que empezaron a jugar en la zona un rol que la transformó en lo que hoy es: una de las regiones menos desarrolladas de Colombia, y foco de violencia y del narcotráfico. Décadas después, durante el conflicto entre las guerrillas revolucionarias y el Estado, se complicaría aún más el panorama descrito, en tanto las misiones protestantes llegadas durante la década de 1960, impusieron una nueva pauta moral, y la población de colonos se adscribió a ese referente moral en parte por el sinsabor de la adscripción política eclesiástica con las huestes conservadora durante La Violencia. Años después, en la década de 1980, las guerrillas también apostaron por ganarse el beneplácito de alguno de los diversos bandos religioso que se disputaban la feligresía de colonos, campesinos, medianos empresarios, comerciantes, fugitivos y contrabandistas en la región (Ortiz, 1999) Pero, cabe preguntarse: Una región que empieza a ser colonizada, a dónde llegan grandes cantidades de capital extranjero, con una gran posibilidad de desarrollar agroindustria, con tierras ricas para la agricultura y exuberante en términos de recursos hídricos, con excelentes cualidades en sus costas para constituir un puerto marítimo y uno naval ¿Cómo es que no se modernizó y se desarrolló como centro económico? Aún más ¿Por qué es una de las regiones más violentas hasta nuestros días? Para responder estos interrogantes debemos ubicarnos de nuevo en la década de 1940 y mirar cómo se desarrollaron las relaciones entre esos actores aquí caracterizados, y que han llevado sobre sus hombros el peso de construir lo que hoy es la región del Urabá.

3 CONFORMACIÓN DE UN NUEVO MODELO DE EXPLOTACIÓN BANANERA EN LA REGIÓN DE URABÁ

En esta sección se analiza la transición de una forma de explotación impulsada por UFCO en el Magdalena, su deterioro por el efecto social negativo que tuvo desde las primeras décadas del siglo XX, y la nueva estrategia que hacia los años 1960 se consolidó para la región de Urabá. El modelo implementado por la compañía en estas décadas, benefició paulatinamente a los empresarios locales con mayor capital que aprovecharon el esfuerzo colonizador de migrantes que huían del conflicto armado, en busca de oportunidades de crecimiento económico, o simplemente un pedazo de tierra donde vivir. Estos colonizadores fueron tumbando el monte, la selva, ocupando la ciénaga, y arreglaron la tierra para su cultivo. Una vez la tierra fue arreglada, estos empresarios paisas, bogotanos, costeños, emprendieron una ardua tarea de expropiación hasta lograr el monopolio de la tierra

productiva en la zona bananera. El nuevo modelo de la compañía había creado una élite local que no se conformó con este papel en la cadena productiva, y que gracias a la política nacional liberal, pudo hacerse de parte de la comercialización para así restarle poder a las grandes compañías extranjeras.

3.1 Preparativos y sucesos de la instalación de la UFCO en el golfo

En la primera mitad de la década de 1950 parecía que todo estuviera dispuesto para la llegada de la UFCO a Urabá; con el Gobierno de Rojas Pinilla se inauguró la carretera al mar que unía Medellín con Turbo en 1955, y con o a este suceso la región quedaba más cerca de Panamá que de Colombia debido a la falta de vías de conexión y las carencias de integración en términos de mercado y articulación social. Para llegar a Antioquía, había que abrir la selva y no muchos estaban en la disposición de hacerlo con diligencia; cuando se inició el proyecto de construcción de la carretera, el Estado mismo tenía serias dificultades para ejercer control en la región. Aunque existían algunos funcionarios que se encargaban de rendir informes sobre la vida y el proceso de colonización, no fue hasta la década de 1950 que el ejército y la policía se instalaron en el golfo. En casos de justicia, existía una inspección en Turbo y una aduana, pero eso era todo. Carretera, policía, ejército, puesto de inspección y aduana, eran toda la institucionalidad que la compañía encontró cuando llegó al Urabá. Un lugar perfecto para poder instalar una zona de producción bananera libre del Estado, la ley, y sobre todo los derechos de los ciudadanos colombianos. Los derechos de la compañía, y allí los beneficios que podían obtener al explotar económicamente la región, estaban garantizados por la misma ausencia estatal.

Después del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948, la violencia se había recrudecido en todo el país. El Urabá, aun aislado del país por falta de carretera y puerto, ya padecía de los brotes de violencia. El desplazamiento de campesinos de diferentes orígenes marcó el desarrollo demográfico de la región durante las siguientes décadas. De los territorios vecinos más golpeados por esta violencia bipartidista, fueron llegando familias con la única esperanza de poder asentarse y vivir en paz. Ocuparon grandes extensiones de tierras “desmontadas”

por la oleada anterior de colonizadores, y cuando esa tierra no alcanzó entraron a la inhóspita selva. Como no había Estado que pudiera controlar el Urabá, ni instituciones fuertes como la iglesia católica, los colonos vivieron en cierta libertad que la sociedad “Civilizada” antioqueña no podía aceptar. El asesinato de un cura en 1950, la aparición de una cuadrilla de cerca de 700 hombres en Turbo en 1951, y el rumor que los campesinos eran auxiliares de las guerrillas fueron usados mediáticamente por los conservadores para llamar a la intervención del Estado sobre las dificultades que tenía la región para su integración social y económica con los centros urbanos como Medellín y Bogotá (Steiner, 2000).

La construcción de la carretera estuvo a cargo en su último tramo de ingenieros militares. Esta fue una estrategia del gobierno militar para “pacificar” la región en la que se encontraban cerca de tres guerrillas liberales en las que se destacaban hombres como “Roncamina” y Julio Guerra. Al parecer la estrategia del gobierno militar fue efectiva pues varias de las guerrillas se entregaron, mientras que las demás fueron perseguidas y exterminadas, incluso con ayuda de guerrilleros que se acogieron a la amnistía del gobierno de Rojas (Ramírez Tobón, 1997). Sin embargo, estas medidas de corte cívico-militar y represivo no significaron una respuesta completa a las carencias de vías, infraestructura, alternativas económicas de subsistencia, educación o salud, por lo que la zona para mediados de la década de 1960 constituyó uno de los baluartes para la formación de las guerrillas de corte revolucionario, particularmente el Ejército Popular de Liberación (EPL) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Para la UFCO, el gobierno de Rojas fue fructífero, en parte por su política de favorecer el libre cambio para las multinacionales, sin afectar tampoco el modelo de industrialización por sustitución de importaciones; esto generó un clima amistoso para la inversión en el país (Bucheli, 2005). También por la capacidad de integración de un mercado interno que la construcción de vías implicaba. Al lado de las campañas cívico-militares se dio un favorecimiento de los intereses de la UFCO por las posibilidades de trabajo que ofrecía a un campesinado carente de alternativas de subsistencia. En 1956 llegó a la región Leopoldo III de Bélgica con fines turísticos. Esto dirigió la mirada de los colombianos y

extranjeros al Urabá que empezaron a ver allí una oportunidad económica. A muchas familias les pareció que si la realeza europea había visitado la región por su exotismo, el Urabá tenía que ser un paraíso terrenal que prometía prosperidad y riqueza. La élite antioqueña estaba interesada en generar un movimiento de migración, sobre todo de católicos fervientes y comprometidos, que ocuparan la región y logaran así la extinción de los hábitos impúdicos que tanto los escandalizaba de los negros chocoanos y los costeños sinuanos. Con la caída de Rojas en 1957, se inició un nuevo período de violencia y muchos ex guerrilleros se rearmaron, más adelante las guerrillas fueron influidas por corrientes de pensamiento marxista leninista y maoísta (Steiner, 2000).

Una vez se instaló el gobierno del Frente Nacional se presentaron algunas dinámicas que hicieron más complejo el proceso de consolidación económica de la región. La concepción de cuál debía ser la política económica que rigiera al país distinguía a liberales y conservadores, sobre todo en el papel asignado al Estado en el desarrollo de una industria Nacional; los gobiernos liberales tendían a ser medidas proteccionistas de la industria nacional, mientras que los conservadores eran menos esquivos a la intervención extranjera y medidas de apertura económica que empezaban a constituirse en la orientación que internacionalmente impulsaban y defendían las corporaciones con enclaves como la UFCO.

El gobierno de Alberto Lleras Camargo se enmarcó en una política hemisférica impulsada del gobierno de EEUU llamada Alianza para el Progreso, que sería la espina dorsal de la planificación económica de Colombia desde los años 1960. Este era un plan de intervención económica en América Latina que se propuso en el Gobierno de Kennedy, y que entregó 20 millones de dólares para el desarrollo de la región entre 1961 y 1971. Además de favorecer la iniciativa empresarial doméstica y extranjera, en particular las corporaciones norteamericanas, la Alianza para el Progreso incluía medidas de estímulo para la agroindustria, la posesión de tierras para el pequeño y mediano productor, paquetes de ayuda para la tecnificación productiva de áreas proclives a dar origen a reductos campesinos o guerrilleros que basados en la ideología comunista, podían significar una amenaza para la estabilidad del capitalismo. Además de fomentar la integración

económica y política de zonas a través del mercado, la Alianza para el Progreso incluía medidas que apuntaban a la titulación de predios, y la incorporación de salarios rurales que favorecieran las economías campesinas.

Si bien muchas de esas medidas estaban respaldadas por el gobierno de los EEUU y en Colombia por el bipartidismo del Frente Nacional, en definitiva las medidas se adoptaron parcialmente y terminaron por favorecer la ambición de latifundistas, y aplicar con rigor las medias represivas militares que incomodaban al Estado y las élites dominantes en sus instancias institucionales. Así, la Alianza para el Progreso resultó un estímulo para las nuevas dinámicas de violencia que empezaban a incubarse en la región.

3.2 De la United Fruit Company a Frutera de Sevilla: la nueva cara de la agroindustria bananera.

A partir de la reestructuración de su estrategia de negocios en América Latina, la UFCO decidió liquidar sus activos fijos en el Magdalena, para responder a la demanda del gobierno norteamericano para evitar el monopolio, y también para disminuir el riesgo de inversión. Inmediatamente, empezó a hacer cálculos de lo que le significaría instalarse en el Urabá. Existían dos cuestiones importantes para considerar. Primero, ya existían plantaciones de banano, no las suficientes como para cubrir la demanda del mercado internacional, pero que sí podrían servir de base para impulsar el monocultivo a escala. Esas plantaciones comercializaban sus productos a través de la compañía bananera del Chocó (Parsons, 1996). En segundo lugar, la costa de Turbo cumplía las condiciones suficientes para que allí se estableciera un puerto desde el que se transportara el producto al exterior. Hoy, la promesa de un puerto no es más que un recuerdo. Existen tan solo dos simples cargaderos llamados el Zungo y Nueva Colombia. Los malos manejos administrativos en la región no habían permitido que se desarrollara un puerto que permitiera al Urabá modernizarse por lo que seguía siendo una zona aislada del Estado y de la economía nacional. También estudios del suelo y condiciones ambientales mostraron que la zona contaba con factores favorables para

la producción de banano, razones que convencieron a las directivas de la UFCO de trasladarse definitivamente al Urabá (Bucheli, 2005).

En la década de 1950 y 1960 la UFCO no buscaba hacerse a la tierra productiva, sino que quería consolidar un eje donde la siembra del banano predominara, en asociación con empresarios que se dedicaran a ese eslabón del negocio y tomaran los riesgos que la compañía enfrentó en las primeras décadas del siglo XX. Por medio de la Frutera de Sevilla, subsidiaria suya del Magdalena, desarrolló el programa de financiación a productores para la adquisición de tierras desde 1959. Algunos de los principales empresarios beneficiados fueron Jaime Enríques Gallo, Jaime Ortiz, la familia Gaviria, y la Familia Echavarría (AUGURA, 1977).

Otra cara de la inversión fue la construcción de caminos por los cuales se movilizaran planchones que tendrían que servir para mover los racimos de banano hasta los barcos de carga, pues el puerto era poco profundo, también era necesario dragar tres canales para ejecutar las obras de infraestructura (Parsons, 1996). Eso significaba distribuir de manera más eficaz los riesgos del negocio entre actores económicos que además de conocer la región, podían gestar soluciones ya fuera por la vía legal, o ilegalmente a través de intermediación con el Estado, el recurso a la violencia, o tercerizar los efectos del monocultivo extensivo en áreas con niveles bajos de desarrollo social. Esta ilegalidad fue aprovechada por estos empresarios en una forma excepcional, pues lograron hacerse a grandes proporciones de tierra a través del uso de la violencia, no sólo física sino también económica. Los pequeños propietarios se vieron obligados a vender, casi a regalar su tierra sino quería morir de hambre.

El programa PUNTO IV, de la Alianza para el Progreso, fue la llave para empezar el proyecto de financiamiento para la compra de tierras y el mejoramiento de los servicios públicos en Urabá en 1960. Se hicieron solicitudes al gobierno para que se ampliara la cobertura de electricidad y la construcción de una represa en Mulatos, proyectos de interés estratégico para el inmediato funcionamiento del modelo agroindustrial concebido. Los funcionarios de la Frutera determinaban qué terrenos eran aptos para la producción de banano, y según

instrucciones precisas de Mr. Howards —cómo le conocían en la región al funcionario de la UFCO—, se entregaban prestamos con un contrato que ligaba a los dueños de las tierras con la compañía; estos contratos exigían un pago que debía empezarse a efectuar desde el primer ciclo de producción y se extendía por 5 años (Ortiz, 1999). El programa resulto ser un éxito, y de inmediato atrajo la atención de empresarios de todas las regiones y de otros países también. Evidencia del inusitado “boom” de la propuesta, fue que rápidamente se construyeron pistas de avión que permitieron que esos empresarios fueran a la región a mirar sus posibilidades de inversión, mientras que los negocios se pactaban en el único hotel de Turbo, el “hotel del turismo” (García, 1996).

Mientras tanto, quienes no pudieron entrar en el negocio de los préstamos, tuvieron que empezar a colonizar los baldíos e incluso los resguardos. En 1962 asumió la presidencia Guillermo León Valencia, quién grabó las ventas y liberó de impuestos las importaciones. A la presión natural que soportaban esas tierras por parte de colonos, se sumaban el interés que en un par de años creció. Entre 1963 y 1966 los colonos expulsaron a los indígenas de sus resguardos hacía Panamá y el Darién. Allí empezaron a agudizarse los conflictos por la tierra que se convirtieron en la cotidianidad de la región, ya que colonos, indígenas, campesinos y ahora empresarios se la disputaban, siempre con el objetivo de incorporarlas al plan productivo de la Compañía bananera. Los primeros embarques de banano salieron del Urabá en 1964 y desde este momento se empezó a hablar de la bonanza bananera. En 1965 existieron unas condiciones que plantearon una crisis pero que rápidamente fueron superadas; factores como “el mal de Panamá”, una enfermedad que afectaba la calidad del producto, el aumento de la demanda de fruta empacada en cajas de cartón, y la inexistencia de una industria que pudiera suplir esa demanda para embalar el producto, así como la congelación del tipo de cambio, fueron medidas que afectaron al sector agrícola como resultado de la política proteccionista del gobierno colombiano. Este conjunto de problemas exigieron de la Frutera una mayor previsión, cuya respuesta significaba la inversión en rubros no previstos (Bucheli, 2005).

3.3 AUGURA y UNIBAN, agremiación y visibilidad de la Élite local

Paralelo al establecimiento de la agroindustria bananera en la región, surgió AUGURA en 1963 como la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Urabá, registrada casi en simultáneo con las primeras siembras masivas de banano con fines de exportación, se establece como respuesta a la necesidad de organización del grupo de propietarios de la producción bananera en tener un ente que los aglutinara, los dirigiera y, sobre todo, velara por el desarrollo armónico del nuevo reto de producir y exportar banano. En 1966 evolucionó en el ánimo de especializar su atención en la agroindustria del banano en Asociación de Bananeros y Agricultores de Urabá; AUGURA nace particularmente para convertirse en el interlocutor de los empresarios con el Gobierno Nacional. (AUGURA, 2017).

Entre 30.000 y 70.000 racimos de banano se exportaban semanalmente desde el Urabá a Europa en 1966; las cifras parecían indicar que la capacidad productiva de la región, y el sistema ideado parecían infalibles. En ese mismo año se celebró la “Fiesta del Banano” en Apartadó, lugar que empezó a tomar bastante fuerza gracias al interés de los empresarios que llegaron a esa zona posteriormente y no querían quedarse atrás de la zona bananera en Turbo. Quienes no se encontraban del todo conformes con la bonanza eran los trabajadores, pues este período de abundancia no se veía reflejado en una mejora de sus condiciones de vida. Muchos de ellos se convirtieron progresivamente en colonos de las tierras urbanas, lo que significó el crecimiento de los cinturones de miseria en municipios de formación reciente, y que contaban con una infraestructura paupérrima para recibir la oleada de trabajadores. Parsons estima que para 1967, el 70% de la población de Turbo y el 85% de Apartadó estaba integrados por invasiones de los lotes cercanos a las cabeceras urbanas (AUGURA, 1984). Tampoco contaban con hospitales, escuelas, y la tasa de analfabetismo era muy alta. La formación de los primeros sindicatos, orientados por abogados liberales y activistas del proscrito Partido Comunista de Colombia, no se hizo esperar. El primer sindicato constituido legalmente fue Sintrabanano (1965), pero de ahí en adelante se desarrollaron varios sindicatos en los diferentes procesos necesarios para la preparación y comercialización del

producto, que incluían sindicatos de braceros, de empacadores, y de servicios varios (García, 1996).

Además, las tierras empezaron ser concentradas en pocas manos y el Gobierno de Carlos Lleras Restrepo estaba empeñado en proteger la economía cafetera, aun cuando el Urabá no estaba dentro del proyecto nacional. En la zona 20.000 hectáreas bananeras estaban distribuidas en 290 fincas y haciendas. A propósito, Carlos Miguel Ortiz (2007) afirma que hubo tres tipos de finca bananera clasificadas según sus procesos de expansión. La primera, fincas grandes que iba sumando lotes pequeños de su alrededor y se convertía en una gran factoría; la segunda, consistía en que varios lotes medianos contiguos eran unidos para formar una finca de mayor tamaño; finalmente, las fincas resultado de la combinación de los dos procesos mencionados. Es decir, la propiedad de la tierra tendía a concentrarse, en un proceso que marginalizaba al pequeño productor y la economía familiar en beneficio de los empresarios que lograban acaparar en sus manos el monopolio productivo bananero.

Los mecanismos usados por los que se iban a convertir en latifundistas del banano variaban entre la represión física, el acoso jurídico, amenazas, la eliminación de cercas, incendios de cosechas, y presiones a los dueños hasta hacerlos vender a muy bajo precio sus propiedades. Se repetían las prácticas del periodo de La Violencia; no fue una transición pacífica y trajo como consecuencia un desplazamiento masivo de colonos a las ciudades cercanas. Varios movimientos por la tierra estaban cobrando fuerza y también influyeron a los habitantes del Urabá, aglutinados bajo las banderas de la Asociación nacional de usuarios campesinos de Colombia (ANUC) y el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), fuerzas que condensaron la oposición no solo a las prácticas de usurpación a nivel regional, sino que representaban las fuerzas políticas de oposición durante el periodo de democracia restringida del Frente Nacional. El crecimiento demográfico en la zona bananera era incontrolable y existía una fuerte problemática por la falta de vivienda. Estas condiciones fueron propicias para que además del sindicalismo, a finales de los sesentas se asentaran en la región las guerrillas de izquierda de las FARC y el EPL, las cuales tuvieron una gran

acogida entre la población, incluso por parte de las comunidades indígenas asentadas en la región (García, 1996).

En 1969 se terminaron los primeros contratos establecidos entre la Frutera de Sevilla y los propietarios de la tierra. Para renovar los contratos se les exigía a los productores que invirtieran más, algo que les pareció inaceptable. Por otro lado, las reivindicaciones de los trabajadores y pequeños propietarios los acosaban: paros y huelgas fueron parte del repertorio de acción de estas movilizaciones sociales. Esta coyuntura sirvió para que naciera la UNIBAN. Este fue un movimiento anticipado de los productores con el fin de coordinar e incursionar en la comercialización de banano en el extranjero. Hasta entonces, los intentos de crear compañías regionales para vender banano en los Estados Unidos y Europa, con el fin de mejorar las condiciones de los productores, no habían tenido éxito. Este monopolio de la industria bananera llevó a un grupo de empresarios colombianos, vinculados a las actividades agrícolas y pecuarias de la región de Urabá, a crear la Unión de Bananeros de Urabá S.A. el 26 de enero de 1966. Aunque ya existía AUGURA desde 1963, UNIBAN coordinaba no sólo a los grandes empresarios, sino también a los medianos y pequeños productores. También en 1969 se creó Corpourabá, la corporación regional del Urabá, que buscaba empezar la planeación y control del crecimiento urbano y agro productivo de la región (Botero, 1990). En últimas, la UFCO se había alejado de los problemas que la afectaron décadas atrás. Este proceso de organización de los sectores involucrados en la producción frutera sería el acicate unos años más adelante, para que el conflicto armado fuera la salida en tanto los problemas laborales, de acceso a la tierra, y la represión a la organización sindical campesina agudizaron las diferencias entre quienes trabajaban y quienes se beneficiaban del boom bananero.

3.4 SINTRABANANO, SINTAGRO y SINTRAJORNALEROS, lógicas de organización laboral frente a la agroindustria bananera.

El bajo incentivo para la creación de una institucionalidad empezó en la negación de las posibilidades para un mercado local; esto se logró por la vía de la depresión salarial y

formas de sujeción extraeconómica de la mano de obra, que con contratos desventajosos para los campesinos, y el pago de deudas cíclicas y a menudo impagables, mantuvieron la mano de obra cautiva a los sistemas de enganche laboral de las fincas bananeras, algo que limitaba su autonomía productiva por fuera de las haciendas bananeras (Bergquist, 1981; Martin, 1986)

Para la década de 1960 el Ejército de Liberación Nacional, Guerrilla que nació bajo la influencia de la revolución Cubana, también llegó al Urabá. Para entonces, ya existían disputas entre facciones comunistas, en particular entre la corriente maoísta del EPL, y la línea ideológica pro soviética representada por las FARC. Estas guerrillas y partidos de izquierda influían a su vez en el sindicalismo del Urabá. Sintrabanano era cercano a las FARC, Sintagro al EPL y Sindejornaleros al ELN. Las guerrillas buscaban agitar a los trabajadores y allí ganar simpatizantes; entre sus tareas políticas intentaron promover la toma de tierras del eje bananero por parte de campesinos desplazados, así como el mejoramiento de las condiciones laborales de los trabajadores en los diferentes procesos productivos y de comercialización bananera, (García, 1996). Otro hecho importante fue la política económica del gobierno de Pastrana Borrero, quién creó la Unidad de poder adquisitivo constante (UPAC) como parte de un plan de impulso de inversión para el país a partir del ahorro local y no de la inversión extranjera; eso tuvo como efecto el aumento de la inflación a nivel local, lo que hizo aún más compleja la situación económica y la subsistencia de los trabajadores.

Al mismo tiempo hubo un cambio importante en las lógicas de comercialización pues la Stanford Fruit introdujo nuevas variedades de Banano en esta década que le darían una ventaja técnica ante la UFCO; Además, los productores ecuatorianos que habían sido bastante competitivos durante el periodo formativo del sector bananero en Urabá, querían empezar a comercializar por sí mismos, y lo lograron a través de la compañía llamada Del Monte. La competencia con la Stanford Fruit, y la independencia del mercado Ecuatoriano le implicó a La UFCO la pérdida gradual del control del negocio. Sumado a esto, la reciente creación de UNIBAN en Colombia también debilitó la posición de UFCO en el mercado, por lo que al

final tuvo que aceptar las condiciones de los productores colombianos. La imagen pública de UFCO también se deterioró por escándalos relacionados con sobornos a gobiernos de Panamá, Costa Rica y Guatemala, en 1970, Eli Black, presidente de la UFCO para entonces, envió al General Omar Torrijos, presidente de Panamá, un cheque de \$ 25,000 con una nota expresaba el apoyo a la causa del general, la cual fue realizar cambios en la legislación bancaria que redujeron al mínimo cualquier Regulación, beneficiando a la clase alta panameña, y por supuesto a la UFCO (Bucheli, 2006)

Con la llegada a la presidencia de Alfonso López Michelsen en 1974, se beneficiaron los intereses independentistas de los empresarios locales. Los empresarios lograron influir la política del gobierno para acumular tierras y bajar los costos de importación con una importante reducción de impuestos a los comercializadores nacionales. En la época se creó el INCORA y se otorgaron un gran número de títulos de tierras a estos empresarios. Además, para superar la emergencia económica, López planeó fortalecer los sectores de exportación. Ese mismo año, los países productores de banano sentaron un precedente con la creación de la Unión de Países Exportadores de Banano (UPEB), organismo que articuló a estos países y los llevó a transitar caminos de política económica muy similares, en especial, gravar con impuestos mayores a las multinacionales (Bucheli, 2005).

En 1974 también se desataron varios escándalos con los empresarios dueños de las tierras productoras, y denuncias públicas en las que se acusaban a estas personas por haber estado involucradas con acciones de contrabando y tráfico de drogas en la región a través de rutas entre Panamá y el Urabá. Las buenas relaciones con los políticos centrales y locales contuvieron el asunto hasta que perdió fuerza mediática, pero el negocio nunca cesó. Los desembarcaderos del Urabá y el escaso control del Estado en el golfo fueron estratégicos para que el negocio de la droga se expandiera. Las operaciones de tráfico de drogas comenzaron con pequeñas exportaciones de marihuana provenientes de la sierra nevada, y posteriormente se especializaron en el envío de cocaína a México, Panamá, las Bahamas y los EEUU (Ortiz, 2007). Para los sindicatos la organización de los empresarios locales también significó una gran dificultad, pues la respuesta en los años setenta al movimiento

obrero fue radical y bien coordinada. El despido masivo de trabajadores, la creación de listas negras de empleados, además de la persecución y represión violenta, conformaron las estrategias de control que los empresarios implementaron. Para 1975, el 58% de los trabajadores eran menores de 25 años, y diez años después el 44% eran menores de 15 y el 37% menores de 7 años (Ramírez Tobón, 1997, pág. 54) Los patrones de movilización social de despojados y desplazados sin tierra le significaron al Urabá una reputación de zona de conflicto intratable, analíticamente esquiva, cuando no el escenario más mortífero para investigadores, sindicalistas y activistas políticos (Ortiz C. , 1999). Influenciados por la tónica regional del debate historiográfico, desde la sociología sobresalen los aportes investigativos de Clara Inés García (1996) que deja ver la manera como lo regional predominó en el imaginario campesino local, para fomentar relaciones de subordinación socioeconómicamente impulsadas tras siglos de influencia antioqueña y desdén estatal.

La década terminaría con tres actores de comercialización diferentes, UNIBAN, Frutera de Sevilla y la Standard (que había logrado aprovechar la crisis de la UFCO) y una nueva estructura de producción basada en una unidad de empresarios asociados entorno a UNIBAN y AUGURA; asimismo los obreros buscaron su propias lógicas de organización influenciados por las diferentes vertientes de la izquierda en los tres sindicatos por entonces existentes. A lo largo de la siguiente década, los conflictos que venían presentándose propiciaron el contexto que conocemos hoy como la guerra de narcotráfico, que en parte había sido alentada por la élite local involucrada en el negocio de la droga, élite que seguía manteniendo al Urabá lejos del control Estatal. (Ramírez Tobón, 1997).

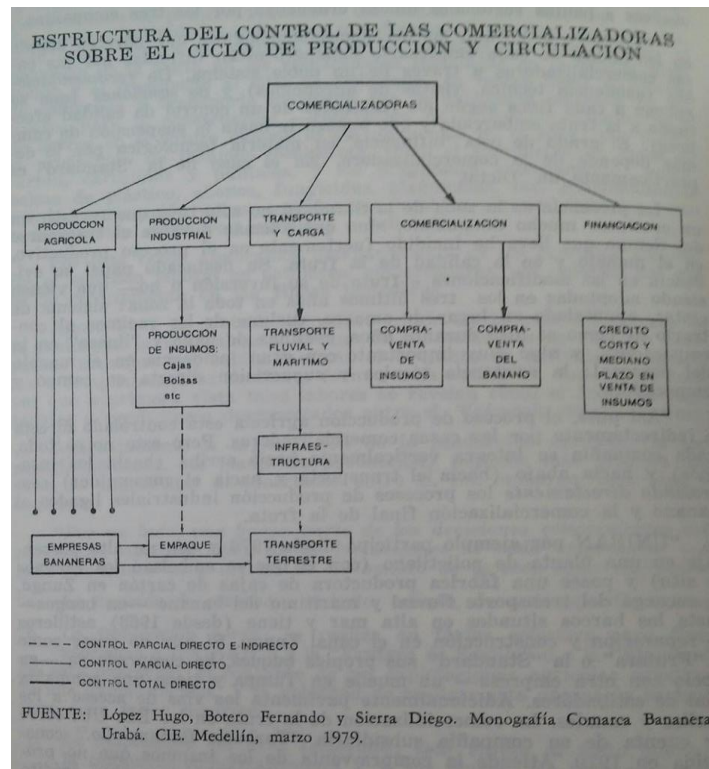
4 BANANEROS DE URABÁ, DE LA PRODUCCIÓN A LA COMERCIALIZACIÓN Y EL DOMINIO DE LA INDUSTRIA EN COLOMBIA

Hacia 1979 la estructura comercializadora del banano ya estaba consolidada por completo en el Urabá. Las lógicas de expansión territorial de los empresarios locales concentró la tierra de la zona bananera en pocas manos de manera que se fortalecieron dos grupos de poseedores: Los que se habían asentado antes de 1960 (Los colonos desplazados por la violencia bipartidista de los 50 y algunos funcionarios públicos de la gobernación de Antioquia que hacían presencia por el Estado), y los que llegaron después con el auge bananero (Los empresarios). Por lo general, el primer grupo estaba integrado por personas que vivían en la región y los segundos por propietarios ausentes. La United Brands, nombre con que se rebautizó a la UFCO luego que se fusionara con otra multinacional frutera, se había visto muy afectada por la aparición de las estructuras organizativas de los empresarios en la región y los escándalos a nivel internacional; tenían dos competidores nuevos en la comercialización de banano, y en 1981 hubo unas condiciones climáticas que afectaron la producción en la zona. En 1982 interrumpió sus operaciones y sólo las reanudó en 1989. Tal como lo había hecho después de la masacre de las bananeras en la década de los 20, la empresa necesitaba reestructurar su plan de negocios; había perdido gran parte del control del negocio de banano a manos de los empresarios que ella misma había ayudado a consolidar, y sí quería hacer frente a la situación y la competencia tenía que repensarse en términos de su presencia corporativa. Un factor que también tenían que tener en cuenta los ejecutivos era el del narcotráfico, que se había expandido paralelamente a los centros de carga de banano. En presencia de esos escenarios distintos, la violencia que se desató por el control de los puertos de la droga y las negociaciones de paz, parecían un indicio claro del efecto de una nueva política Estatal para aumentar su presencia en las fronteras agrarias, y eso incluía al Urabá. Ante estos nuevos fenómenos, la Compañía se retiró parcialmente de la región, pero nunca la perdió de vista, después de todo, había invertido varias décadas y recursos allí (Bucheli, 2005, pág. 123).

La articulación de los modelos de negocio a las condiciones conflictivas de las fronteras agrícolas en Colombia arroja luz sobre la configuración económica y territorial de regiones como el Urabá. El estudio del caso del Quindío, con sus lógicas de acumulación en la producción cafetera y el despojo de tierras realizado en escalas no imaginadas una década atrás por la comunidad académica, permitió ver de qué forma los aspectos más malintencionados de la violencia reposaban en el accionar racional de agregados y mayordomos. En el caso del Valle del Cauca, los mediadores fueron auspiciadores de la apropiación indebida de tierras, junto con la expansión urbana y la toma de tierras adecuadas para la producción para luego destinarlas a proyectos agroindustriales, con un importante efecto en las lógicas empresariales que usaban la violencia como estrategia, sumado a una cooptación de las instancias administrativas locales (Betancourt, 1998). En los casos del Valle, Quindío y Urabá. Los dueños de las plantaciones dejaron en manos de subalternos la administración de la tierra, quienes también aprendieron muy bien las lógicas de la industria.

Los negocios en la escala regional entraron en comunión con la violencia lo que justificó el zaqueo operado tras bambalinas por las élites en formación, que para los años 1960 estaban preparadas para emprender el control de la producción bananera (Agudelo, 2011). Las lógicas empresariales entonces representan un espacio de interés, como se pretende en esta investigación, más cuando se siguen las lógicas contemporáneas de la producción y circulación global de banano, que deja ver los intereses de las élites locales al desnudo, igualmente predatoras como las foráneas carentes de empatía por la distancia y desconocimiento de las realidades regionales de Urabá (Sáenz, 1992; Sáenz, 2002)

Como señala Aviva Chomski (2008), el empresariado local reprodujo el desdén y subordinación degradante a la población local, en repetición de lo que hicieron las élites de los años 1950 que visualizaron un territorio para la expoliación en los ciclos económicos de boom, en lugar de promover un desarrollo social duradero; Chomsky sostiene que esta es la historia social de las regiones de enclave en Colombia, y en los puntos de producción y distribución de productos tropicales para el mercado mundial.



(Botero & Sierra, El mercado de la fuerza de trabajo en la zona banaera de Urabá, 1981, pág. 24)

La mayoría de las fincas bananeras eran administradas por capataces que empezaron a traerse desde mediados de los 60 y principios de los 70, procedentes de las antiguas plantaciones en el Magdalena, para que se hicieran cargo del negocio mientras el empresario vivía en otra ciudad a cargo de otros de sus negocios personales. En muchas ocasiones los trabajadores sostuvieron pleitos con estos capataces que llegaron hasta al asesinato. Estos pleitos se encuentran documentados en el libro de Clara García (García). Ya que el empresario delegaba por completo la autoridad en los capataces sobre cómo administrar las fincas y plantaciones, ellos aprovecharon la situación para hacerse de cierto poder local y abusaban de su posición. Los trabajadores se indignaban y esto fue uniéndolos progresivamente. Los empresarios no eran partidarios de impactar socialmente a la región porque la relación con el Urabá era sólo económica; además, muchos de ellos se habían hecho a sus tierras gracias a un proceso de despojo violento que desplazó cientos de familias. Para ellos era mucho más

problemático el fenómeno de los ocupantes de tierras con quienes disputaban continuamente las propiedades, por lo que habían recurrido a pagar a personas que se encargaran de la seguridad de sus predios (Ramírez Tobón, 1997).

La realidad de los trabajadores para la década de los ochenta también era alarmante. La población chocona empleada era de cerca del 50% porque se les consideraba más dóciles para el trabajo. La segunda franja poblacional ocupada en faenas agrícolas más numerosa era la sinuana. Muchos de estos trabajadores también habían sido expulsados cuando sus lotes fueron expropiados por la campaña expansionista de los latifundistas bananeros y ganaderos. Estas condiciones fueron un caldo de cultivo de inconformismo entre esta población (Ortiz, 2007). La productividad de la región había sido muy destacada entre 1976 y 1981, pero evidentemente no se veía reflejada en la modernización de las relaciones laborales de los trabajadores, y existía una persecución contra los líderes justificadas por las influencias de izquierda que llegaban por medio de las guerrillas u otras organizaciones políticas partidistas (Chomsky, 2007).

En los años ochenta, el Urabá ya se había constituido en uno de los principales puertos marítimos del país. Con unos antecedentes portuarios que hacían de la salida al mar una faceta del territorio funcional para la exportación ilegal de estupefacientes y la importación ilegal de armas, se le sumó a una larga trayectoria de contrabando que desde el siglo XVIII que se gestaba en la minería aluvial en el Chocó, aspectos económicos que se servían del aislamiento natural de la zona por el tapón del Darién. A finales del siglo XX, Urabá empezó a ofrecer las condiciones para reproducir las actividades ilícitas contemporáneas (Ortiz, 2004). Los dineros del narcotráfico y del contrabando han sido lavados y reinvertidos en la zona en sectores rentables, como actividades agroindustriales, la ganadería y el turismo. Así, el Urabá pasó de ser una región marginal y escasamente poblada, a un lugar de confluencia de colonos, empresas multinacionales y grupos armados. Las organizaciones sociales, sindicatos y partidos de izquierda por un lado, y los diversos grupos insurgentes por el otro, constituyeron un obstáculo para los intereses económicos del sector ganadero y latifundista, de grupos narcotraficantes y del propio Estado (Martin, 1986)

De acuerdo con Carlos Miguel Ortiz (2004) el narcotráfico y el comercio del banano convergen en términos logísticos, ya que la presencia de grandes barcos cargueros para el transporte de banano y de barcos de pesca, permitieron que fueran utilizados para facilitar el transporte en negocios ilícitos. También, la falta de carreteras para suplir necesidades de las nacientes aldeas en medio de la selva, favoreció la construcción de pistas de aterrizaje privadas; con la excusa de la lejanía de Medellín, capital departamental, y aún más de la capital de la república, proliferaron pistas privadas que facilitaron el libre tráfico de todo tipo de productos legales e ilegales; mientras estas funcionaron para proveer de mercaderías la región —algo que inhibió el mercado interno de autoabastecimiento regional—, también permitían que el tráfico de estupefacientes, insumos para su elaboración, y la internación de armas, no tuviera obstáculos pese a la geografía y aislamiento por carencia de una infraestructura vial básica.

En 1984, según estimativos de William Ramírez Tobón, el 85% de los trabajadores de la zona bananera estaban vinculados a alguno de los tres sindicatos, lo que para él evidencia un afianzamiento de las organizaciones de trabajadores que habían sido duramente perseguidas durante los años setenta, y que en este punto incluso ya planeaban buscar tener representación ejecutiva en los órganos políticos de la región por la vía electoral. El rendimiento productivo había llevado al Urabá a consolidarse en el 4° puesto de exportación mundial, con más de 20.000 hectáreas dedicadas al mercado europeo y estadounidense. Toda esta bonanza bananera ayudó a que se constituyera un grupo “oligo-político”, como señala Ramírez, conformado por los empresarios que como el caso de los hermanos Gallo, tenían puestos sus intereses en situarse en posiciones influyentes en la estructura gubernamental, o los Echavarría que lideraban las organización asociativas de productores y comercializadores locales (Ramírez Tobón, 1997).

Un hecho importante es la paulatina ocupación de un grupo de traficantes de drogas que a medida que se iban enriqueciendo iban acumulando tierras con fines ganaderos. La historiografía sobre el narcotráfico y el paramilitarismo en Colombia sugiere que el primero

promovió una democratización del acceso a la tierra, en tanto los capos y mandos medios del narcotráfico optaron por comprar tierras a través de testaferros, un proceso que se acentuó en las décadas de 1980 y 1990, y que sirvió como un importante estímulo para la difusión de las economías ilícitas, y la conformación de estructuras militares que sustituían la presencia del estado en territorios de frontera agrícola, como el Urabá. En términos geográficos, el Urabá era estratégico para cualquier tipo de actividad ilegal. Desde la colonia había sido puerto para piratas y contrabandistas, la lejanía de las autoridades estatales y la complicidad de los funcionarios locales construían un escenario perfecto para el desarrollo de rutas comerciales de droga con destino a Panamá desde dónde se distribuía al resto del mundo.

Ortiz (2007) comenta que este fenómeno tuvo un impulso desde 1975 con el cultivo y comercio de Marihuana, que decayó a principios de los ochenta y posteriormente entre 1982 y 1983 con el tráfico de cocaína por figuras como Pablo Escobar, quien conocía bien la región por haber iniciado su carrera delictiva precisamente allí. Además, capos como Carlos Lehder impulsaron la intermediación entre las élites locales de los departamentos de la costa atlántica colombiana, con el fin de conseguir apoyo social en sus actividades, que en lo fundamental abrieron nuevas rutas para el envío de drogas y el ingreso de divisas, armas y químicos necesarios en el negocio de estupefacientes (Duncan, 2015; Medina, 1990)

A lo largo de las costa del golfo se encontraban pequeñas poblaciones con título de libres que estaban pobladas por quienes se encargaban de este tipo de actividades. Muchos laboratorios de Coca fueron levantados del costado occidental mientras se sacaban de suelo colombiano por el oriental. Los ríos también significaron una potencial ventaja para el traslado de esta mercancía. Las guerrillas habían puesto alguna oposición pero con el tiempo la aceptaron pues los campesinos se veían beneficiados económicamente; sin embargo, más adelante se dieron cuenta que habían perdido parte del control territorial que habían ganado los últimos años y que ese vacío iba a ser ocupado por este tipo de organizaciones ilegales, lo que

desencadenó la creación de alianzas entre la élite bananera y la narco latifundista contra todo tipo de organizaciones de izquierda, incluyendo los sindicatos y partidos (Ortiz, 2007).

Estos factores alimentaron las rencillas entre unos y otros actores y en 1984, en medio de las negociaciones entre el gobierno de Belisario Betancur y las guerrillas, que transformaron substancialmente el escenario político nacional. Este clima también fortaleció a los trabajadores y sus organizaciones. En 1985, los tres sindicatos se coordinaron para llevar a cabo un paro cívico regional el 20 de julio; las guerrillas acompañaron el paro con varias medidas de hecho como el incendio de bodegas, cortes de los cables de transporte de banano, bombas en los puentes. Estos hechos constituyeron el año de 1985 como el de n mayor actividad guerrillera en la zona y en el que mayor cantidad de invasiones de tierras se presentaron (García, 1996).

En 1986 se desató un conflicto laboral entre los trabajadores de una de las haciendas más importantes y su capataz. Al final siete trabajadores fueron asesinados y 29 despedidos, lo que generó un descontento generalizado y caldeó los ánimos de los sindicatos que ya venían trabajando en la construcción de un pliego común entre ellos que les permitiera iniciar una lucha articulada (García, 1996). Los sindicalistas empezaron a manifestar abiertamente su filiación con las guerrillas, y en varias de las manifestaciones de trabajadores también fueron agredidos e incluso asesinados administradores de las fincas productoras. Esto desató el pánico entre las élites que veían con temor la pérdida del control de su negocio y tierras (Ortiz, 1999).

Con la creación en 1988 de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, el proyecto de articulación se vio estimulado, y en 1989 los tres sindicatos no solo se articularon sino que se fusionaron en uno solo: Sintrainagro. Para este momento, la mayoría de trabajadores eran de origen sinuano que tenían más simpatía con el EPL; le siguen los chocoanos que se dividían entre las tres corrientes ideológicas de la insurgencia que predominaban en el Urabá. Es importante comentar que la financiación de estas guerrillas estaba basada en un porcentaje importante, en los aportes que hacían los sindicatos, por lo que las pugnas entre los frentes

armados era cada vez más intensa y apremiante para las finanzas guerrillera. La fuerza sindical de los ochenta les permitió lograr mejores condiciones de trabajo en varias ocasiones; sin embargo, la represión también continuaba. La relación era una simbiosis, las guerrillas alimentaban a los sindicatos con la formación política de cuadros sindicales y acompañaban desde la clandestinidad sus acciones, mientras que los sindicatos proveían de información, recursos logísticos y pertrechos a las guerrillas; esta simbiosis dio frutos importantes para la modernización de las relaciones laborales en la región, pero los empresarios y administradores, que habían estado acostumbrados siempre a hacer lo que bien les gustara, no se encontraban nada satisfechos por lo que las retaliaciones violentas no se hicieron esperar (Chomsky, 2007).

Para 1987 los indígenas zenúes que habían sido desplazados por la violencia en las sabanas de Córdoba y Sucre llegaron al Urabá. Ante la creciente población indígena desplazada, el gobierno de Virgilio Barco creó el resguardo de “El Volao” con 760 hectáreas, aunque se les había prometido ampliarlo paulatinamente hasta 1000. Sin embargo, el resguardo fue continuamente invadido por las fuerzas del EPL enfrentadas con el ejército que las repelía, por colonos que buscaban establecer en la zona, y más tarde en los noventa, por grupos armados al servicio de las élites económicas de la región, esta vez a través de grupos paramilitares. Los indígenas, desplazados históricos de la violencia en el Urabá y Colombia, tuvieron que segregarse tan sólo a unas pocas hectáreas y para sobrevivir, elegir uno u otro bando, como colaboradores, informantes o empleados (Ramírez Tobón, 1997, pág. 34).

Por los puertos libres situados sobre la costa oriental de golfo, por donde entraba y salía el contrabando y la droga, también entraban armas. Del mismo modo que la guerrilla del M-19 quiso ingresar “El Karina” cargado de armas, llegaban en cantidades más moderadas por el golfo, procedentes de Panamá armas que alimentarían el conflicto político y económico de la región. Las negociaciones del gobierno Belisario Betancur que habían puesto cierto límite a las Fuerzas Armadas frente a las guerrillas procurando la desmovilización de estas, condujeron a que se conformaran movimientos de Autodefensas, especialmente en el Magdalena medio. En Urabá, su primera gran aparición fue en 1988 cuando en la hacienda

Honduras, perpetraron tres masacres. Estos grupos se financiaban de los aportes del cartel de Medellín, pero contaron con el apoyo logístico de militares y organizaciones de ganaderos. Pero posteriormente se conformaron dos organizaciones armadas que se quedarían para controlar la región, los tangueros y las tanelas (Cepeda & Uribe, 2014).

Como Ortiz (2007, pág. 156) anota, ellos fueron los responsables desde 1989 de todas las acciones paramilitares en el Urabá. Estos grupos habían sido organizados por los hermanos Castaño, quienes eran dueños de las haciendas por las que se les asignó el nombre a ambas organizaciones. Estos hermanos hicieron parte de la organización criminal de Pablo Escobar, y luego crearon la organización de “Los Pepes” que contribuyó al asesinato del capo. Para esta misma época, la United retornó a la región para reanudar sus operaciones comerciales, pero entonces ya era la Chiquita Brands. El gobierno de Barco había logrado generar la confianza suficiente para que se iniciara la desmovilización del EPL y el M-19. Con estas negociaciones, los Castaño cedieron las haciendas Tanela y Las Tangas para que sean distribuidas entre sus ex combatientes y los campesinos carentes de tierras que habían sido afectados por la guerra entre guerrillas y paramilitares (Cepeda & Uribe, 2014; Ortiz, 2007).

Existían diálogos también con las FARC y en 1990 cuando asumió la presidencia e César Gaviria, después del asesinato de tres de los candidatos presidenciales entre los que se encontraba Luis Carlos Galán que era el representante del oficialismo liberal y a quién él asesoraba, se inició el proceso constituyente y se consiguió un corto período de paz, el asesinato y captura de Pablo Escobar, la persecución comprometida del Estado a las estructuras narco-terroristas, y el logro de concertar con mercados diferentes al Americano, permiten dar un alivio temporal la zona bananera que se encontraba en un grave crisis económica por el aumento de la oferta en el mercado y una cambio en los impuestos de comercialización (Bucheli, 2005). Esta frágil etapa de paz lamentablemente no duró lo suficiente.

Así culmina el período entre la década de los ochenta y principios de los noventa, con una esperanza de paz que prometía ser la clave para el posterior desarrollo de una de las regiones

más ricas en recursos naturales de Colombia, y la posibilidad de una redención económica para sus habitantes tan golpeados por la violencia. Hoy, 26 años después, sabemos que no pudo cristalizarse, la guerra entre guerrilla y para militares por el control de la región no ha tenido tregua; los trabajadores siguen expuestos, el frágil desarrollo de infraestructura pública afecta a diario los pueblos, y el Urabá es considerado como la cuna de la violencia moderna colombiana.

Las facciones políticas y económicas estaban tan estrechamente entrelazadas, que es imposible distinguir los intereses de quienes perpetraron las escaladas de ataque-retaliación; con unas élites lejanas se perpetuó el desinterés y la mínima atención a problemas de orden público, en tanto los negocios seguían su trayectoria sin mayores problemas; en la escala local se notan los espacios insidiosos que el Estado no colmaba y en su lugar los más avezados prosperaban para escalar socialmente; allí surgieron generación tras generación de nuevos ricos locales que buscaban obtener riqueza de forma acelerada, y así proyectarse en cuestión de dos generaciones como una élite fortificada en un mercado excluyente, con una comunidad fragmentada, algo que facilitó el uso del poder político como un bien patrimonial a través de la acción directa en la administración de negocios, y la administración pública para beneficio familiar (Roldán, 2003).

La relación de este fenómeno con Urabá, está en la huella temprana dejada por los inmigrantes que estudió Carlos Miguel Ortiz. Roldán (2003) ofrece el panorama de los intereses que impulsaban a los ocupantes de Urabá, empresarios del banano particularmente. Los espacios económicos dejados por el Estado los ocuparon actores que asediaron la administración regional, y sus pautas de reproducción empresarial encontraron en Urabá un caldo de cultivo propicio para limitar el acceso de capas socio raciales históricamente marginadas, asegurando que en su subdesarrollo se perpetuarían las lealtades y anclajes del poder político regional antioqueño con el objetivo de forjar una clase dominante Urabaense. A tono con el trabajo pionero del politólogo Paul Oquist (1978) trabajos de investigación centrados en la escala regional —específicamente la historiografía antioqueña— sugieren los rasgos del conflicto a partir de lógicas de

acumulación en manos privadas que trascienden lo económico para mirar lo social y la escala del deterioro de las condiciones de vida laborales, algo que interesa para esta investigación en tanto permite reconocer las percepciones empresariales respecto a la región de Urabá (Ortiz, 1999).

De acuerdo con Tamara Belt (1995), esto se decantó también en una perspectiva de lo geográfico como interés político, donde las élites presentan tradicionalmente un desinterés en tomar las decisiones necesarias para desarrollar la región, y elevar el nivel de vida de sus habitantes, que condenados a la marginalidad encuentran en lo ilícito una forma de lucrarse a la sombra. También de la mano de Carlos Miguel Ortiz (2004) disponemos de un análisis de la construcción del imaginario de frontera, donde Urabá resulta articulado de manera limitada a los factores económicos del mercado, y los principios básicos para la modernización; en este caso, el autor sigue que en concordancia con siglos de desinterés que llevaron entre otras a la pérdida de Panamá, el Urabá se articuló con el Darién en el imaginario de las castas políticas como un espacio vacío, de barbarie y marginalidad, donde toda inversión se debía realizar de manera furtiva, lo que abría la posibilidad para la depredación de recursos, el enriquecimiento a expensas de los baldíos, y el sometimiento de comunidades a condiciones de vida miserables como parte de las necesidades del tipo de producción agroindustrial al que se destinarían las franjas de tierra más fértiles, en este caso del banano con la llegada de la United Fruit Company (Botero, López, & Sierra, 1979; Botero, 1990)

Este lugar en la imaginación de la élite central tradicional, y las emergentes en la escena regional y local, aprovechaba que Urabá como Chocó compartían un pasado de ser puntos de fuga, propicios por su aislamiento y salida al mar para el contrabando y el drenaje de mercancías como minerales, drogas, y la hemorragia de cuerpos de víctimas sin nombre proveniente de los conflictos en Chocó, Cauca, y el Valle del Cauca (Uribe M. T., 1992) Así, la geopolítica misma encontraba en el vacío estatal del Urabá un espacio indómito, abrupto pero abierto a los comercios que forjaban violencia al internarse en el corazón del territorio. Las lógicas empresariales colombianas han alimentado el conflicto mientras

se aprovechan de los vacíos del estado, la baja legitimidad de las instituciones, y la prevalencia de la ley del más fuerte ante un esquema jurídico precariamente desplegado e inoperante. En las trayectorias de los actores armados, los empresarios, las migraciones forzadas de campesinos, colonos, indígenas y comunidades afrodescendientes, se pueden reconocer las perturbaciones socioeconómicas que corporaciones multinacionales usan como telón de fondo propicio para obtener beneficios abaratando costos (Ng'weno, 2008). La mentalidad empresarial en Colombia, que tanto glorifica las castas antioqueñas y la inversión foránea deben reconocer las dimensiones de estos fenómenos, y propiciar escenarios que inhiban el poder de distorsión territorial que la violencia tiene en las generaciones futuras.

CONCLUSIONES

Parte importante de la responsabilidad de las dinámicas empresariales recae sobre la élite local del eje bananero, de las cuales se habló en el desarrollo de esta investigación, así como su articulación con esferas internacionales corporativas (Sáenz, 2002). La élite local ha tratado de defender su tradición rentista y sus micro-poderes locales, más que buscar la integración nacional por la vía de un mercado local, o la construcción de economías sectoriales sólidas, algo que va en detrimento de la construcción de una élite nacional sólida en lo económico, e incluyente en lo político y lo social. Esto habría favorecido un proceso de inserción del Urabá con el mundo en condiciones ventajosas para las mayorías nacionales, pero la historia que la región nos ofrece está muy distante de ese escenario (Camacho, 1992). Pero la estrechez que padecen las elites en su percepción de los beneficios que obtendrían al ampliar los efectos sociales del éxito de sus negocios da cuenta de la precaria voluntad con la que se han formado las clases dirigentes del país desde finales del siglo XIX. A través de la violencia, se han operado los negocios y se inhibe el ascenso social de los sectores subordinados, que podrían garantizar a futuro un desarrollo con equidad y sin violencias.

Al comprender los orígenes y consolidación de AUGURA y UNIBAN, se puede evidenciar con el desarrollo de la economía ganadera y bananera ha fundado una poderosa élite empresarial protegida por el Estado, y que reproduce algunas de sus prácticas habituales frente a las fuentes de riqueza agrícola; cuando la zona bananera de Santa Marta entró en crisis, las fruterías extranjeras financiaron el cultivo de banano a empresarios y se reservaron la comercialización (Bucheli, 2002), uno de los principales flujos económicos que irrigarían su ascenso social progresivo en el siglo XX. Así las cosas, al monopolio comercial que propiciaría un mercado interno frágil, se le suma la percepción de lo nacional y lo público como una propiedad patrimonial, y de la cual se usufructúan desde la época de la colonización en tanto la frontera agrícola no se basó solo en la adecuación y ocupación de baldíos, sino sobre todo en la apropiación que se hacía de tierras de colonos pobres. La demanda mundial de banano permitió la ampliación del Eje Bananero hacia el sur en una

expansión bañada de tensiones sociales, violencia, desplazamiento y abusos a los derechos humanos.

Tanto la historia del Urabá como sus condiciones actuales, permiten evidenciar que son múltiples los conflictos que confluyen y aquejan esta región geográficamente aislada de los centros políticos, con lógicas de frontera predominantes, que por ser abundante en territorio despertó intereses corporativos de familias antioqueñas poderosas como los Echeverri, Gaviria, Ortiz quienes interesados en articularse a la producción bananera ofrecida y financiada en un principio por la UFCO, usaron a los colonos que terminaron por verse obligados a vender su mano de obra.. El rezago y olvido de un punto geoestratégico vital para el país no ha merecido esfuerzos que apunten a su integración económica y social al proyecto nacional; un proceso similar ocurre en con la configuración de élites locales y regionales, que hoy se disputan el predominio en Urabá a través de corporaciones multinacionales. Si bien el impulso de esta región con políticas coherentes e inclusivas pudo haber resultado en la eficiencia y competitividad económica del país, en su lugar la región se constituye hasta nuestros días en un foco de violencia política y atraso económico. El motivo: los excedentes del banano jamás se han invertido equitativamente en la región, sino en el lugar donde viven los dueños de la producción y comercialización del banano.

El fenómeno violento en Urabá fue relevante para este estudio, debido a que el conflicto es inherente a la región, al seguir las víctimas y los resultados de la violencia, permiten identificar como la forma y las diferentes estrategias de lucha armada han marcado ciclos de auge y crisis económica, siempre atados a los ritmos del conflicto político. Un fenómeno que se acentuó desde mitad la segunda del siglo XX (Bejarano, 1988). Al nivel económico, sea de cara a las élites terratenientes, los ganaderos, el emergente gremio comerciante, o la forma como predominaron relaciones con el mercado externo, los análisis sugieren una variedad de interpretaciones en las que las élites locales del Urabá no han sido examinadas en detalle, aunque al seguir la literatura sobre el paramilitarismo, hay interesantes contribuciones que reflejan el vínculo entre conflicto social, político y la influencia de la Inversión Extranjera Directa (IED) en un territorio

olvidado, abandonado, y que poco se deja institucionalizar en sus niveles económicos, sociales o políticos. De otra parte, la composición de formas de organización civil para la sociedad afectada por el conflicto, y allí sus formas de resistencia ante las tensiones entre sindicatos patronales, organizaciones civiles, grupos armados insurgentes, partidos políticos, FFMM y los grupos paramilitares (Laurent, 2008)

Al analizar las lógicas productivas como las dinámicas de interacción entre la élite local y la United Fruit Company en el eje Bananero del Urabá, se demuestra a través de la investigación de Bucheli (2005) que la agroindustria bananera es una evidencia del imperialismo económico ejercido por Estados Unidos en América Latina. De acuerdo con los postulados de esta teoría, en sus operaciones en enclaves extractivos las multinacionales cuentan con un poder político que les permite explotar sin mayor obstáculo a determinada región y sus recursos, pues los gobiernos locales están en una situación de subordinación ante las potencias del primer mundo, en este caso Estados Unidos. En el mismo sentido afirma Bucheli (2002), que el capital internacional no mejora la situación de los trabajadores pues son explotados dada la alianza entre capital extranjero, gobierno local y elites locales. A esto se le suman los hallazgos de este trabajo, que exploró cómo las élites locales en zonas de extracción y fronteras, se encuentran totalmente influenciadas por la multinacional; sin embargo, para el caso del Urabá la élite local logro insertarse en la comercialización del banano, así pues pudieron competir a través de UNIBAN con la multinacional. Así, encontramos que esta no fue una élite totalmente subordinada a la UFCO, sino que aprovechó la coyuntura de la violencia para quedarse con el negocio, logrando que la multinacional respondiera y actuara bajo los parámetros de los empresarios organizados y agremiados bajo AUGURA. Así pues, para concluir esta investigación, se ha encontrado de utilidad una reflexión que resume una inquietud generalizada de los historiadores entrevistados de la región como Martin Jaramillo, Fernando Keep y Fernando Sayago; ¿Quién vive en Urabá y quien vive de Urabá?

BIBLIOGRAFÍA

- Agudelo, L. (2011). La Industria bananera y el inicio de los conflictos sociales del siglo XX. *Credencial Historia*.
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2004). *ALGUNOS INDICADORES SOBRE LA SITUACION DE LOS DERECHOS HUMANOS EN LA REGIÓN DEL URABÁ ANTIOQUEÑO*. Medellín: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.
- AUGURA. (Octubre de 1977). QUE HA HECHO, QUE HACE, QUE HARA AUGURA. (AUGURA, Ed.) *Boletín Informativo*, 15-16.
- AUGURA. (Junio de 1984). EL GREMIO BANANERO DE URABA. *Boletín Informativo*, 1-5.
- AUGURA. (2017). *AUGURA*. Recuperado el 15 de Abril de 2017, de AUGURA: <http://www.augura.com.co/augura/resena-historica/>
- Bejarano, A. (1988). La violencia regional y sus protagonistas: el caso de. *Universidad Nacional de Colombia, Revista Análisis Político*.
- Belt, T. (1995). Agricultural modernisation in Colombia 1936-1990: Markets, institutions and technology in sugar, banana and potato production. *London School of Economics and Political Science*, 461.
- Bergquist, C. (1981). *Café y conflicto en Colombia 1886 - 1910, La guerra de los mil días, sus antecedentes y consecuencias*. Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones.
- Betancourt, D. (1998). *Mediadores, Rebuscadores, Traquetos Y Narcos: Las Organizaciones Mafiosas Del Valle Del Cauca Entre La Historia, La Memoria Y El Relato, 1890-1997*. Michigan: Ediciones Antropos.
- Botero, F. (1990). *Urabá: colonización, violencia y crisis del estado*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Botero, F., & Sierra, D. (1981). *El mercado de la fuerza de trabajo en la zona bananera de Urabá*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Botero, F., López, H., & Sierra, D. (1979). *Monografía: comarca bananera*. Medellín: CIDE.
- Brungardt, M. P. (1995). LA UNITED FRUIT EN COLOMBIA. *Innovar Journal*(5), 107 - 118.
- Bucheli, M. (1 de Julio de 1991). *Historia Critica, Universidad de los Andes*. Obtenido de La crisis del enclave bananero del Magdalena en los 60s : <https://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/96/1.php>

- Bucheli, M. (2002). *Tras la visita del señor Herbert: United Fruit Company, élites locales y movimiento obrero en Colombia (1900-1970)*. En C. Dávila, *Empresas y empresarios de Colombia. Siglo XIX-XX. Una colección de estudios recientes. Tomo II*. Bogotá: Editorial Norma S.A.S y Ediciones Uniandes.
- Bucheli, M. (2005). *Después de la Hojarasca, United Fruit Company en Colombia 1899-2000*. Bogotá: Banco de la República/ Universidad de los Andes.
- Bucheli, M. (2006). *Good dictator, bad dictator: United Fruit Company and Economic Nationalism in Central America*. Urbana: University of Illinois at Urbana-Champaign.
- Camacho, A. (Enero-Agosto de 1992). *Empresarios ilegales y región: la gestación de las clases dominantes locales*. *FERMENTUM Revista venezolana de Sociología y Antropología*, 57-75.
- Camacho, A. (Enero-Agosto de 1993). *Empresarios ilegales y región: la gestación de las clases dominantes locales*. *FERMENTUM Revista venezolana de Sociología y Antropología*, 57-75.
- Cepeda, I., & Uribe, A. (2014). *Por las sendas de El Ubérrimo*. Bogotá: Ediciones B.
- Chomski, A. (2008). *Linked Labor Histories: New England, Colombia, and the Making of a Global Working Class*. Londres: Universidad de Duke.
- Chomsky, A. (2007). *Globalization, labor and violence in Colombia's Banana zone*. *International labor and working class History*, 90-115.
- De Santa Teresa, S. (2015). *Iglesia y colonización en Urabá y el Darién, Antología, Tomo II*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.
- Duncan, G. (2015). *Los Señores de la Guerra*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial Colombia.
- Escobar, A. (1999). *El final del Salvaje- Naturaleza, Cultura y Política en la Antropología Contemporánea*. (M. Cardenas , & H. D. Correa, Edits.) Santafé de Bogotá: CEREC.
- García, C. (1996). *Urabá: región, actores y conflicto, 1960-1990*. Texas: CEREC.
- Gros, C. (2012). *Políticas de la etnicidad: identidad, Estado y modernidad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Henderson, J. (2006). *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Herrera, F. B., & Sierra Botero, D. (1981). *El mercado de la fuerza de trabajo en la zona bananera de Urabá*. Medellín: Lealon.

- Instituto Colombiano de la Cultura Hispánica. (03 de Diciembre de 2004). *Grupo Indígena los Cuna*. Recuperado el 12 de enero de 2017, de Biblioteca virtual Banco de la República: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/geografia/geograf>
- Jaramillo, J. M. (2005). *Apartadó, tierra de todos*. Apartadó (Antioquia): Excélsior.
- Jimeno, M. C., & Reichel-Dolmatoff, G. (2005). Oceanografía. En M. C. Jimeno, & G. Reichel-Dolmatoff, *Caribe Colombia*. Bogotá: Banco de la República de Colombia.
- Laurent, M. (2008). *Contrabando en Colombia en el siglo XIX: Prácticas y discursos de resistencia y reproducción*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- LeGrand, C. (2006). Historias transnacionales: nuevas interpretaciones de los enclaves en América Latina. *NOMADAS*, 25, 144-154.
- Martin, G. (1986). *Desarrollo económico, sindicalismo y proceso de paz en Urabá*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Medina, C. (1990). *Autodefensas, Paramilitares y Narcotráfico en Colombia*. Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos.
- Meza, C. (2006). Territorios de frontera: Embate y resistencia en la cuenca del río Cacarica. *Scielo Colombia*, 45.
- Monroy, S. (01 de febrero de 2012). *El presente permanente, por una antropografía de la violencia a partir del caso de Urabá, Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario.
- Montañez, G. (2004). El Istmo de Panamá y Colombia: de puente natural a juego geopolítico de la unión. En H. Bonilla, G. Montañez, & Eds., *Colombia y Panamá, la metamorfosis de la nación en el siglo XX* (págs. 125-154). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ng'weno, B. (2008). *Turf Wars: Territory and Citizenship in the Contemporary State*. Stanford: Universidad de Stanford.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos.
- Ortiz, C. (1999). *Urabá: tras las huellas de los inmigrantes, 1955-1990*. Santafé de Bogotá: ICFES.
- Ortiz, C. (2004). Colonización y violencia en la frontera con Panamá: Urabá y el Darién de 1950 a 1990. En H. Bonilla, & G. Montañez, *Colombia y Panamá: la metamorfosis de la Nación en el siglo XX* (págs. 381 - 412). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Ortiz, C. (2007). *Urabá, pulsiones de vida y desafíos de muerte*. Medellín: La carreta editores.
- Parsons, J. (1996). *Urabá, salida de Antioquia al mar, Geografía e historia de su colonización*. Bogotá: Banco de República/ El áncora editores.
- Ramírez Tobón, W. (1997). *Urabá, los inciertos confines de una crisis*. Bogotá: Planeta.
- Ríos, A. (2002). IDENTIDAD Y RELIGIÓN EN LA COLONIZACIÓN DE URABÁ. *ASCUN*, 160.
- Roldán, M. (2003). *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Texas: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, 2003.
- Rosales, R. (2007). *Desarrollo Local: Teorías y Prácticas Socioterritoriales*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Sáenz, E. (1992). *La ofensiva empresarial Industriales*,. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sáenz, E. (2002). *Colombia años 50: industriales, política y diplomacia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sayago, F. (1988). *Apuntes para la Historia de Turbo*. Medellín : Ediciones Gráficas.
- Steiner, C. (2000). *Imaginación y poder, encuentro del interior con la costa en Uarbá, 1900-1960*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Uribe. (1992). *Urabá: region o territorio: un análisis en el contexto de la política, la historia y la etnicidad*.
- Uribe, M. T. (1992). *Urabá: region o territorio: un análisis en el contexto de la política, la historia y la etnicidad*. Medellín: Universidad de Antioquia. Instituto de Estudios Regionales (INER).
- Vargas, P. (1990). Los Emberás y los Cunas en frontera con el Imperio Español, una propuesta para el trabajo complementario de la historia oral y de la historia documental. *Boletín Museo del Oro*, 75-101.
- Veltmeyer, H. (2013). Economía política de la extracción de recursos naturales: ¿nuevo modelo de desarrollo o imperialismo extractivo? *Estudios críticos del desarrollo*, III, 9-43.